

POR EL ECUADOR Y POR SUD-AMERICA.

II.

Contestación al Sr. Gonzalo Zaldumbide.

El joven é ilustrado escritor ecuatoriano señor don Gonzalo Zaldumbide, secretario de la Legación de su país en Lima, ha juzgado deber suyo, obedeciendo á generosos sentimientos que no he yo de desconocer, combatir en carta dirigida á este periódico, las apreciaciones y comentarios que sobre los últimos horrosos sucesos de Guayaquil y Quito ha hecho quien esto escribe en diferentes artículos, muy en especial en el que apareció en "La Prensa" de la mañana del martes 27. Para llenar el fin que se propone comienza el señor Zaldumbide por señalar con sorpresa mi extraña insistencia en ocuparme en este asunto, encontrando en mi un tono de exaltación y dureza que no me conozco; continúa manifestando que insinúa yo una acusación velada al gobierno ecuatoriano de complicidad en los asesinatos del 28 de enero; pregunta quienes podrían ser los interesados—de que yo hablo—en la muerte de Alfaro; protesta de la absoluta irresponsabilidad de los gobernantes del Ecuador, tachando de vehemencia hostil á quienes los acusan; afirma que no se puede juzgar de los hechos mientras no haya de ellos una exposición autorizada, y que entre tanto la opinion de las gentes debe informarse en ciertos telegramas oficiales publicados por el gobierno de Quito y reproducidos por la prensa de Lima; hace de acuerdo con esos documentos un relato de los sangrientos sucesos y de la actitud en ellos del mencionado gobierno, atribuye, en consecuencia, las matanzas á la masa popular exaltada al paroxismo, intentando explicar esa exaltación; defiende de participación en los crímenes á los partidos políticos y termina declarando que la justicia se hará en el Ecuador al rededor de estos pavorosos delitos que el mismo califica de "barbaros," pero no se hará por obra de influencias ó sugestiones extrañas, sino porque el propio Ecuador sintió desde un principio la necesidad de la reparación.

Comprendo mejor que nadie los nobles impulsos que han movido la pluma del señor Zaldumbide, quien, por ignorar tal vez los antecedentes de los que aqui hemos escrito sobre este palpitante tópic, incurre en el error de creer que lo hemos hecho sino impulsados por odiosidad, si por un voluntario desconocimiento de la fatalidad con que se encadenaron los tragicos sucesos. Pero, por lo que á mi toca, siéntome en el derecho de eximirme de tal acusación. ¿Por qué? ¿con qué motivo alentaría yo odio contra el Ecuador? ¿Por qué dispondría mi voluntad á ocultarme á mi mismo la verdad de los hechos de que se trata? Si algo puede decirse en lo que me atañe personalmente, es todo lo contrario. Fastidioso es el yo, como hace ya casi tres siglos lo reconoció Pascal. Fel-

tidioso y todo, permítame el señor Zaldumbide—y con él la prensa ecuatoriana que me ha prodigado idéntico reproche—manifestarles cuan equivocados se hallan. Si es odio para el Ecuador haber tomado en los albores de la juventud, hace ya veinte años, la defensa de un ecuatoriano perseguido por los rencores políticos, como lo era Roberto Andrade; si es odio para el Ecuador haber desde el extranjero defendido con la pluma la hermosa explosión de avanzado liberalismo que hace quince años estalló en esa nación y que las fuerzas reaccionarias del clericalismo amenazaban ahogar en sangre; si es odio para el Ecuador, viniendo á tiempos muy recientes, haber pedido á la diplomacia peruana mayor ecuanimidad y moderación, más amplio criterio, más hondo sentimiento americano, más provechosa generosidad en la discusión del problema de límites con la vecina república del norte; si es odio para el Ecuador haber protestado contra el pretorianismo alfarista, cuando amagaba con desposeer de la presidencia al señor Estrada y erigir en dictador al General Flavio Alfaro; si es odio para el Ecuador haber señalado como un ejemplo—¡y ojalá que no me hubiese equivocado!—á los ejércitos sudamericanos el que dió el ecuatoriano el 11 de agosto; si es odio para el Ecuador haber censurado en frase acerba el pronunciamiento funesto de Montero hecho sólo en adversión á Plaza; si todo esto es odio para el Ecuador confieso que ha tiempo yo nutro ese raro y misterioso odio, y que no he perdido ocasión de darle salida. Más, si como hasta ahora lo he creído y sigo creyendo, eso no se llama odio al Ecuador, sino amor del bien y de la justicia, y odio y horror del mal y de la iniquidad dondc quiera que estos medren y se ufanen triunfantes, háganme la concesión el señor Zaldumbide y la prensa ecuatoriana de admitir que yo no odio ni he odiado al Ecuador. Odio y he odiado siempre la negación del derecho y de la razón en el Ecuador y en todas partes. Si esa negación se llama gobierno del Perú, pueblo peruano ó Perú á secas, odio al Perú, á su pueblo y á su gobierno. Si se llama España, odio á España. Si se llama Francia odio á Francia. Me avengo más á ser Sancho de una quimera que Quijote de un egoísmo. Felizmente, creo que jamás el mal toma aquellos nombres, que nunca los pueblos se solidarizan con la injusticia, y que es error en que vive media humanidad el de confundir á las naciones con sus dirigentes, gobernantes ó dominadores.

Debo decir ahora á mi distinguido impugnador que lo que á él se le antoja "extraña insistencia" mía y á no sé el que diario de Quito periódica neurosis, es condición de carácter de que no me resigno á renegar. Pues si allí está el mal, si allí se aferra la ignominia, si allí se yergue desafiadora y amenazante la iniquidad, si allí campea impávido el atropello ¿por qué quienes los vemos y reconocemos, y sentimos nos hieren el alma los dardos de su arrogancia y ardemos en el inextinguible fuego de reivindicación y verdad, nos hemos de cruzar de brazos, hemos de inclinar el cuello, hemos de cerrar los ojos, hemos de volver las espaldas?

Ignoro si otros la escuchan; pero yo oigo vibrar constantemente á mi lado una voz que infatigable me dice: hay que combatir el mal, hay que destruirlo, donde quiera que surja, donde quiera que triunfe. En defensa del mal no hay fronteras, ni en la lucha contra él cabe descanso. ~~Na~~ vano, hostigado á veces por el desengaño ó asediado por el egoísmo, ~~me~~ viendo la mirada y doy media vuelta. Siento algo que me persigue, como Malarmé el "azur," en versos que el señor Zaldumbide me agradecerá le recuerde:

"Fuyant les yeux fermés, je le sens qui regarde, avec l'intensité d'un remords accablant mon ame, vide...."

Busco también, como el poeta enigmático del simbolo, donde escapar y ocultarme:

"¿Ou fuir et quelle nuit hagarde
jeter, lambeaux, jeter sur ce mepris navrant?"

Pero tampoco encuentro noche alguna tan fría, espesa y negra que apague y mate la llama que inflama el corazón y alumbraba la idea. Y tengo que volver á la lucha, quiera ó no quiera. De allí esa mi insistencia extraña para el señor Zaldumbide. Maestros insignes de voluntad ha tenido Sud-América, y no pocos; pero si de alguno quisiera yo decirme discípulo, si de alguna me preciaría en imitar el noble ejemplo sería antes que de nadie de ese fiero asaltador de tiranías y celoso demoleedor de prejuicios que dió al nombre del Ecuador intelectual prestigios únicos y envidiables: de Juan Montalvo. Culpen los ecuatorianos á éste de haber infundido en muchos sud-americanos el amor sin límites á la libertad y á la lucha por la libertad de todos y para todos.

Cuanto á la exaltación y dureza de mi lenguaje, pásame sin duda lo que á Mr. Prudhomme, que hablaba prosa sin saberlo. Yo quisiera fuese lo contrario, me brotasen, sin quererlo, dulces versos como á Ovidio. Consuélome empero de este mi defecto, pensando que, cuando se busca la concisión en la palabra y la rectitud en el criterio, poniéndolas á servicio de la verdad y el derecho, el estilo resulta caluroso y duro.

Pero descartando ya el "enojoso yo" he de pasar ahora á refutar lo que acerca del fondo del asunto en debate encuentro injustificado en la carta del señor Zaldumbide. Deseara no verme en este caso:—las informaciones de que dispongo no están, por desgracia, acordes con las del escritor ecuatoriano, y se deber mío, ya que lo que escribo no tiene otro valor que el que recibe del empeño de bien y verdad en ello perseguido, demostrar que no me he apartado de ese empeño en mis amargos, pero justicieros comentarios á los crímenes de Guayaquil y Quito.

Cuando el señor Zaldumbide cree ver en mi escrito último velada acusación mía contra el gobierno del Ecuador por complicidad en los siniestros asesinatos, padece grave equivocación. Yo no he hecho, en cuanto á este punto, sino aludir á acusaciones de "El Grito del Pueblo Ecuatoriano," absteniéndome de patrocinarlas. Algo más: poseído de desconfianza respecto á ellas, las rememoré, pero no las copié. Es el Grito del Pueblo el que nominalmente ha acusado al jefe actual de Poder Ejecutivo ecuatoriano y sus ministros; es él quien, en 6 de febrero—y en artículo transcrito por El Comercio de Lima—ha dicho entre otras cosas:

"Tiene razón en defenderse el señor Freile, porque hasta aquí, el aspecto de la cuestion no le favorece. Su pertinencia en exigir, ordenar, imponer violentemente la traslación á Quito de los citados presos, hasta el punto de arrancar del General Plaza la memorable contestación de que él "no había nacido para verdugo," la destemplanza de los Ministros Díaz y Navarro, que mandaban lo mismo; la intemperancia indecible del órgano oficial "La Constitución," palabra del Gobierno y tan autorizada y oficial como "El Registro," órgano que llegó á censurar acremente á los Generales Plaza y Andrade, porque se resistían al envío dicho; la venida del Ministro Navarro sin otro objeto que realizar el obstinado propósito del Gobierno á quien es lógico suponer inteligenciado del furor popular y de la asesina trama que se urdía, y varias otras circunstancias que por brevedad omitimos, determinaban ese aspecto y echaban un borrón de sangre en la conciencia y en la reputación del que ejerce la Presidencia de la República."

Yo en mi artículo omití citar todo esto y aún referirme á ello; por considerarlo apasionado y parcial. ¿Cómo puedo, pues, cargar con la responsabilidad de tal acusación? Las censuras del señor Zaldumbide se vuelven, por consiguiente contra el periódico guayaquileño, y será éste que lo dijo, y no yo, que lo callé, quien deberá cargar con el estigma de desposeído de todo espíritu de justicia. Y no es esto cuanto sobre el particular debo decir en mi descargo. Fuera de las insinuaciones, á mis ojos no probadas, de El Grito, conocía yo otras nominales, contra el gobierno quiteño. Son las formuladas en un periódico de Panamá por don Américo de la Guardia. Pero también prescindí de ellas, por que, viniendo de un pariente ó relacionado del general Eloy Alfaro, pensé adolecerían de natural parcialidad y apasionamiento. Estas acusaciones, sin embargo, están apoyadas en documentos oficiales publicados en Guayaquil y Quito, se presentan nutridas de sana lógica, y dejan honda impresión á cuantos las leen. De todos modos, desde que en ellas se señalaba como autores ó instigadores principales de los asesinatos al jefe del Poder Ejecutivo del Ecuador, y á los ministros Navarro y Díaz—en especial á estos últimos—yo creí deber elemental mío no basarme en ellas para mis comentarios, aún á despecho de los documentos que las acompañan. ¿Puedo merecer, después de esta prueba de moderación el re-

proche de haber sido el acusador de los gobernantes ecuatorianos?—El señor Zaldumbide convendrá conmigo en que no habría justicia en so-tenerlo.

Pregunta el señor Zaldumbide quienes podían ser los interesados en la muerte de Alfaro. La respuesta se ha dado ya en el mismo Ecuador: los partidos políticos contrarios al alfarismo. ¿Y quiénes dentro de estos partidos? Se ha acusado al general Plaza, al ya nombrado general Navarro, á los jefes del conservadorismo. No me toca á mi inquirir la responsabilidad personal de cada uno. Es que es un hecho es que el general Plaza previó desde el 23 de enero, antes de la muerte de Montero, el fin pavoroso que esperaba en Quito á los prisioneros. Allí está su telegrama de esa fecha á sus co partidarios de la capital, el mismo que no ha publicado El Grito de Guayaquil sino otro órgano placista, La Prensa quiteña. Ese telegrama se ha reproducido en todos los diarios del mundo como prueba irrecusable de que pudo evitarse la hecatombe del 23 de enero. En él el general Plaza dijo que renunciaría antes de dejar se realizase. Como no renunció, su conducta aparece inexplicable. ¡Tan-to mejor si logra él justificarla!

Decir que el alfarismo estaba reducido á la impotencia, que nadie podía temer ya su retorno, que su impopularidad era insuperable, es demasiado decir. Cuando se recuerda toda la historia de Sud-América, esas cosas no se admiten. En 1906, al otro día de la caída del placismo, la prensa alfarista sostuvo que jamás Plaza volvería al poder: ya vemos como se cumple la profecía. El mismo Plaza escribió desde New York que la política del Ecuador "le importaba un pito" y que ese país merecía el gobierno por vida de Alfaro. Prisionero éste, todavía era temible. ¡Cuanto más si hubiera logrado escapar de la prisión! No hay que cegarse ni suprimir el pasado, que es de ayer no más: el alfarismo tenía fuerza y prestigio en el Ecuador. Había venido á menos, pero las reacciones sud-americanas nos enseñan á cada paso que pocos años, y aún pocos meses, bastan para invertir las situaciones políticas. Afirmar, como lo hace la prensa ecuatoriana de los partidos triunfantes—que el odio á Alfaro era general y abrumador, es un recurso de polémica de partidos: para el criterio imparcial nada significa. Prueba, y elocuente, de que el alfarismo tenía—y aún tiene—vida, es el hecho de que Carlos Alfaro, en medio del furor desencadenado de los perseguidores de su familia, ha podido permanecer oculto y escapar á las matanzas, protegido sin duda por celosos y abnegados partidarios. Lo mismo pasa con otros prohombres del alfarismo. ¿Y cómo podía ser de otro modo? Hay que ver las cosas con serenidad. Alfaro no hizo únicamente daños al Ecuador, le hizo algunos bienes, y favoreció á muchos hombres que le vivían agradecidos. ¿Qué hubo cien—no fueron cinco—revoluciones alfaristas? El Ecuador ha sufrido cien otras peores, como el Perú y Colombia, sin linchar por eso, á sus autores. No ha sido más cruel, sin duda, Al-

faros que García Moreno, y no sé yo que se incinerase su cadáver ni que se persiguiese de muerte á los suyos: se le mató de frente en el apogeo de su tiranía. Además, como ya otra vez lo dije: si Alfaro vence el 11 de agosto, él era entonces el poder constituido, y si, en nombre de la paz y la justicia popular hubiese, vencedor, hecho linchar á sus adversarios ¿qué habrían replicado los defensores de estos?

De otra parte sostener que la "tiranía" de Alfaro era algo excepcional y tenía exasperado al Ecuador en masa, á punto de arrastrarlo á perpetrar crímenes sin ejemplo ni excusa, es cosa que no resiste el examen tranquilo de los hechos. Alfaro pudo ser tachado de mal gobernante; ¿de tirano execrable por qué? Los mismos hombres que hoy lo reniegan en su patria y que lo combatieron y aprisionaron, con excepción de Plaza y algún otro, lo acompañaron hasta la víspera del 11 de agosto. Esto significa que no encontraron en él tiranía nefanda, y que sólo juzgaron error político su tardío empeñamiento contra Estrada. Cuando Alfaro volvió á Guayaquil, al lado de Montero, llevó palabras de paz y fraternidad su última proclama fué de concordia: se le replicó con el hierro, el plomo y la hoguera. . . . ¿Puede alguien responder de que de las cenizas de esa hoguera no renacerá un día el alfarismo dignificado y depurado? Viven todavía Olmedo y Carlos. . . . La revolución que echó á Juan José Flores y lo declaró "traidor" en 1854 no impidió regresarse al Ecuador en 1860, y menos que su hijo fuese Presidente de esa nación en 1886. . . . ¡Venganzas de la historia!

Menos fundada es todavía la pretendida demostración del aniquilamiento moral del alfarismo, basada en su negativa á concurrir á las elecciones y en su preferencia por la lucha armada. ¿Elecciones? Meditemos en lo que para ellas significan las garantías ofrecidas por los gobiernos aún siendo estos bien intencionados. Con tal criterio, en el Perú, por ejemplo, medrados estaríamos. El gobierno puede aquí prometer cuantas garantías imagine: nadie va las urnas por que todos saben que nunca triunfará sino el candidato de imposición gubernativa. No sabré decir si las cosas van á pasar de otro modo en el Ecuador: afirmar, sí, que el mismo señor Estrada, de quien deriva la actual legalidad ecuatoriana, fué candidato oficial impuesto por Alfaro y cuya elección se juzgó de simple apariencia. Aplaudí su triunfo del 11 de agosto, porque significó un golpe al pretorianismo, pero no por ello he de arrojar aquí un velo sobre la verdad.

Es, en consecuencia, aventurado sustentar que nadie tenía interés en la muerte de los Alfaro, porque ya no había alfarismo. Al contrario, ni con la muerte de sus jefes ha desaparecido el alfarismo.

Cuando hace el señor Zaldumbide fundado en los documentos oficiales que conoce, el relato de los sucesos de Quito, participa del criterio

de quienes atribuyen lo que el mismo juzga "bárbara sanción" á la gran masa popular, al empuje irresistible de 15.000 ó 20.000 almas. Siempre, invariablemente, la historia lo atestigua, todos los hechos sangrientos en cierto modo análogos á los de enero en el Ecuador y sólo en cierto modo, porque estos casi son únicos—se han explicado primero de esa manera; se les ha tomado como fruto de la exasperación unánime de todo un pueblo. Pero cuando se ha ahondado, cuando la historia ha hecho su obra de análisis y exégesis, se ha comprobado, invariablemente también todo lo contrario; semejantes hechos han sido exclusivos desbordes de grupos demagógicos de bandas salvajizadas, compuestas de docenas, de cientos hasta de miles de personas si se desea, según la magnitud de las ciudades en que se han realizado, pero jamás de las unanimidades, tampoco de las mayorías, ni siquiera de apreciables minorías de las masas populares á quienes se les imputó en un principio ser sus autores. Y es que la sicología humana no admite tal cosa, ni aún volviendo la vista á la Edad Media. Es que, á priori, puede decirse que no hay pueblo tan malo, tan depravado, tan feroz, para cometer colectivamente crímenes que repugnan al menos sensible corazón humano. Lo que pasa únicamente, es que esos grupos, bandas ó minorías, reemplazan al número con el bullicio; y después, para su vindicación, arrojan sobre todo el pueblo la responsabilidad que es sólo suya. Los "septembristas" de Francia pretendieron ser todo París: la historia ha demostrado fueron unos pocos centenares.

Tratándose de los sucesos de Quito, población de 80.000 almas, nunca á pesar de todos los documentos oficiales, admitiré llegaron á 15 ni 20.000 los asaltantes del Panóptico. ¿Quien los contó? Hay un hecho en que conviene al señor Zaldumbide, que hasta la llegada de los prisioneros el pueblo la ignora. Hay otro hecho: que el automóvil que los conducía atravesó Quito sin peligro de muerte para ellos. Hay todavía un tercer hecho importantísimo: la llegada de los prisioneros fué á las 10 a. m., y á las 10 a. m., y á las 12 comenzó el ataque al Panóptico, ataque que no duró tres cuartos de hora. ¿En dos horas pudieron reunirse 20.000 almas? ¿Cómo se las convocó?

Más sencillo es explicar las cosas como otros dicen. El señor Zaldumbide me censura el no citar, para mis indicaciones, sinó un periódico: "El Grito del Pueblo." He citado tres: ese, "El Guante" y "La Constitución," este llamado allá oficial, pero que es sólo oficioso. Ahora le citaré "El Telégrafo." En la versión de la hecatombe, el día 29, este diario dijo que á los presos se les colocó "a la entrada del Panóptico, en unas celdillas, donde era fácil encontrarlos rotos los primeros cordones." Daba así á entender que se había prestado facilidades á la irrupción de la turba. Quienes conocen el Panóptico de Quito afirman es tanto ó más sólido que el de Lima. ¿De qué modo una multitud, por crecida que se le suponga, ha podido apoderarse de él en tres cuartos de hora?

Causados estamos de ver que á inmensas muchedumbres las disuelva fácilmente dos compañías de soldados. ¿Más no está allí "El Guante" para decirnos que hubo complicados en el Panóptico? La verdad se impone: una turba—no el pueblo de Quito—excitada por la prédica, por el fanatismo religioso si se prefiere, asaltó la prisión, cuya guardia no supo ó no quiso rechazarla. Esa turba estaba lejos de ser enorme.

Al señor Zaldumbide no le merecé fé El Grito del Pueblo Ecuatoriano.—A mi no me la ha merecido en determinada acusación partidarista. Pero en lo general de este asunto, más todavía cuando este atañe á intervenciones de Plaza, ese diario es testigo de excepción, porque él es en Guayaquil el órgano del victorioso plaicismo. Pues bien, dicho periódico, el 27 de enero, al otro día del descuartizamiento de Montero, bajó esa impresión de terror que arranca confesiones dolorosas, insertaba estas líneas en cuya gravedad nadie ha reparado:

"Nos reo pertenecía al presidio, y el pueblo tomó sobre sí la venganza, y le arrojó, despedazado, á la sepultura: ¿se ha abaldonado, pues, el pueblo?...

No lo creemos: el pueblo guayaquileño sale á los campos de batalla en defensa ó vindicación de las libertades públicas; va á Yaguachi, á Tanizahua, al fatídico Huachi, á Pichincha, con los libertadores de un mundo,.... Si el pueblo fué quien cometió el hecho á que nos referimos y que nos recuerda los trances horribles de la revolución francesa, aquella del 93, y si tal hecho es bueno, equitativo y justo, ¿quien le guió? ¿quién le puso en las manos el fusil comprado por la nación para su propia defensa y el sórdido puñal de las nocturnas ejecuciones?...

Que se presenten, pues, los inspiradores y jefes á recibir el galardón de la inclita hazaña, y veamos si son ellos de los que mejor lo hicieron en Pasán, Naranjito y Yaguachi.....

¿Acción popular? Sepámoslos la muchedumbre que grita, es anónima; el brazo que dispara, ya pertenece á alguien.

En todo caso no se le puede hacer responsable del acontecimiento al pueblo de Guayaquil, porque unos pocos centenares no lo forman ni tienen su representación.

Las últimas palabras son matadoras. Ellas se escribieron cuando aún no habían asesinado á Alfaro en Quito cuando aquel diario, no tenía interés en alterar la verdad. Después inventó él la tesis de las masas populares y del "dilema terrible."

Los asesinos de Montero fueron algunos cientos: lo propio debe decirse de los de Alfaro.

Esto es lo que yo creo. Y para afirmarlo diré que el linchamiento no sólo estaba descontado en el telegrama ya citado de Plaza, sino que desde el 11 de enero, "La Prensa" de Quito, órgano placista, instaba á la matanza en su editorial: "La víbora en casa," donde decía que era preciso aplastar, triturar á Alfaro; que La Constitución, el 9 de enero, proclamaba que, si Alfaro caía, el pueblo de Quito haría con él lo que —según ese diario—el de Lima hizo con los Gutiérrez; que ese mismo periódico, el 24 de enero, ya vencido Montero, estampaba estos mismos truosos conceptos: "O los traidores son terriblemente castigados, ó de hecho dejará de existir todo el mundo." Diremos todavía, que el diario alfariista "El Tiempo" de Guayaquil, durante la dictadura de Montero, dijo que el ministro Díaz había manifestado que Alfaro "había que incinerarlo," sombrías palabras que se han cumplido exactamente.

Antes, pues, del 23 de enero, antes de los telegramas oficiales publicados ahora por el gobierno del Ecuador, la suerte de los Alfaro estaba decidida, y á ello se refirió el general Plaza en su histórico y fulminado telegrama. Si esto es así, si hay todavía cien otros testimonios públicos que lo acreditan, si la muerte, la trituración, "la misma calcinación del viejo luchador" estaba resuelta y sobre resuelta anunciada públicamente con anterioridad á su envío á cuidado del coronel de Sierra, desde Guayaquil á Quito ¿á qué buscar más explicaciones? Que fueron muchos, que fueron pocos los matadores, no es ya lo esencial del problema: lo esencial es que el asesinato fué premeditado.

Pero digo mal. Estando resuelto el linchamiento, no pudiendo de él escapar Alfaro, no había necesidad de enormes multitudes para "lincharlo." Y es también esencial esta conclusión: fueron pocos los linchadores. Es lo primordial porque de haber sido ellos todo Quito, la deshonra caería sobre todo Quito. Pensar que invocando la furia del pueblo, el dolor de las madres, la desesperación de los hijos, se atenuaría la culpabilidad de aquel pueblo es pensar en vano. Madres también tenían los soldados que pelearon en defensa de Montero, hijos también tenían. ¿Por qué iba á pedir cuenta de la sangre de sus esposas y sus padres más bien á Alfaro que á sus enemigos? Cuando se tiene noticia del odio inculcado por la clerecía contra los liberales en cierta plebe gitana, más lógico es presumir que fué ese negro odio y no la sed de venganza de los soldados muertos la pasión que arrastró á ciertas mujeres al ataque contra el Panóptico. Basta leer una hojita suelta publicada en Quito el 4 de febrero bajo el título de "Fray Gerundio" para adivinar cuales factores intervinieron, en la sobreritación de los desventurados—hombres ó mujeres—asesinos de Alfaro. Y cuenta, que no acepta como lo dice el señor de la Guardia, que estos asesinos fueron los cocheros de plaza incorporados en cierto regimiento y licenciados á propósito para la matanza.

Podría decir más: me inclino á juzgar suficiente lo dicho. Desengañese el señor Zaldumbide, y con él los ecuatorianos que, arrebatados por un noble patriotismo, quieren defender al Ecuador en la forma que él lo hace. Siguen un camino extraviado. Para vindicar á un país no hay necesidad de solidarizarle con las turbas sanguinarias del 26 y el 28 de enero. Eso resulta absurdo. ¿Esas turbas fueron efectivamente instigadores por partidos políticos? Tanto peor para estos partidos. No por salvarlos, se ha de convenir en que el Ecuador en su totalidad es el criminal. ¿No lo fueron? Tanto mejor; pero hasta hoy todo concurre á demostrar lo contrario: el telegrama de Plaza, los editoriales de "La Prensa" y "La Constitución," las afirmaciones de "El Telégrafo," las de "El Grito," las de "El Guante;" en fin, muchos otros telegramas oficiales publicados por Plaza y Andrade en su discurso, que tienden á probar que el 23 de enero no se cumplió la capitulación con Montero, porque ella fue sólo una estrategia para apoderarse de los generales condenados, ya por el furor político, á muerte espantosa. Los mismos telegramas á que alude el señor Zaldumbide en su carta son clara revelación de que en Quito se comprendía lo que iba á pasar. ¿Fue culpa del telégrafo y del tren el retraso que dió lugar á la catástrofe? Lo aceptaría yo si antes del 23 no se hubiese sabido ya que Alfaro y los suyos serían destrozados en Quito y si Plaza, en esa fecha, no lo hubiese teleografiado, negándose á ser verdugo."

Dice el señor Zaldumbide que no porque se la pida en nombre de caótico americanismo, sino por su propio querer, su país hará justicia. Lo anhelamos vivamente. Sólo la justicia enaltece. Se ha querido ver en el Ecuador, sin fundamento por cierto, analogías entre la matanza de enero y las de setiembre de 1792, de lúgubre celebridad en la historia de la revolución francesa. Pero recuérdese entonces que la Asamblea Legislativa de Francia repudió entonces dichas matanzas. Recuérdese que las consecuencias de ellas consistía la Montaña en luchas de Marat y la Comuna contra la Convención en el desgarramiento y suicidio de la misma gloriosa Revolución. Recuérdese sobre todo que los historiadores, sin excepción, infaman y execran á sus autores inclusive Marat. Quien como Jaures por su filiación socialista revolucionaria, parecería más dispuesto á justificarlas, ha escrito de ellos "que procedieron del miedo, de las ferocidades que engendró al miedo, que hicieron más mal á la Revolución en la historia..."

¿Será obsesión de mi aberreado americanismo? ¿Será mi incom-
prensión de la vida y sus modalidades? No lo sé. Pero arrogándome
el derecho, que se me niega y que respecto al Perú practica á diario
toda la prensa ecuatoriana y respecto á América ejercieron Racafuerte,
Moncayo y Montalvo—me atrevo á decir que prefiero cien veces resulten
culpados Plaza, Navarro ú otros corifeos políticos, antes que convenir
que todo un pueblo americano, el Ecuador entero, haya sido solidario, por
pretensa justicia, por represalia, por lo que se quiera, en atentados con-
tra los cuales no ha habido de Oriente á Ocaso, de un polo á otro, sino
el mismo grito de repulsión y anatema.

Fué Juan Montalvo quien lo dijo en sus "Catilinarias": las republi-
cillas hispano-americanas, donde el despotismo asiático gallardea.....
son el Sísifo de la civilización... Que las palabras del amigo de Al-
faro—circunstancias que nunca se debió olvidar en su patria—no se cum-
plan para el Ecuador: que el peñón que hoy este intenta levantar no le
caiga encima y lo aleje una vez más de la cumbre. ¿Triste sería ha-
berse deshecho por el fuego de Alfaro!

LUIS ULLOA.

POR EL ECUADOR Y SUD AMERICA.

IV.

("La Prensa" de Lima, Núm. 4.498.)

Las declaraciones de los señores Freile Zaldumbide y Tobar—aún
descontando en ellas cuanto se quiera atribuir al apasionamiento parti-
darista—confirman de manera luminosa é irrefutable todo lo que aquí
pensamos y dijimos, quiénes en el movimiento con que el sanguinario
Plaza ha deshonrado el aniversario del heroico 6 de Marzo de 1845, no
vimos sino un inicuo y un hipócrita golpe de cuartel contra la evolución
democrática del Ecuador. Informaciones fidedignas, llegadas en el
mismo vapor que aquellos, hoy caídos personajes ecuatorianos, están en
perfecto acuerdo con lo que éstos declaran, desmintiendo categóricamen-
te las interesadas aseveraciones hechas aquí en sentido contrario, muy
en especial las que el nuevo García Moreno, disfrazado de radical, ha
puesto en circulación desde Quito, valiéndose de cablegramas á los dia-
rios y de subvenciones á las agencias.

Tiempo es ya, por consiguiente, de que la opinión peruana, la con-
ciencia sud-americana, queden definitivamente edificadas respecto á los
sangrientos y vergonzosos sucesos de Quito, deduzcan de ellos las en-

señanzas del caso y les señalen y apliquen los necesarios, los indispensables correctivos y sanciones.

Lo hemos dicho más de una vez, conviene, lo repitamos cien más. El Perú como sus otros vecinos, no puede ni debe regocijarse en el mal del Ecuador.

Los infortunios, las tristezas, las vergüenzas de este país hermano son también, no pueden dejar de ser, infortunios, tristezas y vergüenzas que nos envuelven. Es dura ley de la vida: cuando se lleva el mismo nombre; cuando existe fraternidad en la sangre y en la ley, el orgullo de una gloria se usufructua en común, como la mancha de una deshonra se devora en conjunto. Quieranlo ó no lo quieran nuestros patrioterros del godismo resucitado,—estos retoños del España antes que San Martín é que Bolívar—Perú y Ecuador como Perú y Bolivia, como Perú y Chile, como todos los pueblos latino-americanos, son solidarios de derecho ante la razón y solidarios de hecho ante el criterio universal. Ni en Europa, ni en Estados Unidos, se establecen respecto á nosotros las diferencias etnográficas, sociales ó políticas, que aquí nos encaprichamos en inventar Chile, Ecuador, Argentina, Perú son distinguidos allá como demarcaciones geográficas; un solo concepto moral é intelectual las abarca á todos.

Quando las naciones de primer orden cuentan 160 millones de habitantes, como Rusia, 90 ó cerca de 70 como Estados Unidos y Alemania, cuando sino los cuentan en sí mismas los tienen sujetos en sus colonias, como Inglaterra y Francia, ¿qué son, qué representan en el mundo en estos pueblos que adicionados no encierran esos setenta millones de hombres? ¿Qué son, qué representan en el mundo, pueblos cuyos presupuestos todos sumados, no alcanzan al alemán, al inglés ó al francés? ¿Qué son, qué representan en el mundo pueblos cuyas escuadras, cuyos ejércitos juntos y aún doblados, no equivalen á los de cualquiera de los países citados, y ni aún á los del Japón? ¿Qué son, qué representan en el mundo pueblos cuyo comercio exterior no iguala conjuntamente al de una de esas; potencias, pueblos, cuya producción intelectual, científica y artística no expresa la mitad de la de cualquiera de aquellos focos del saber y la cultura? Nada, absolutamente nada; menos si se les estima más aislados que Australia y el Canadá. Para valer, para representar algo, necesitan ser considerados como un todo único; son los bancos de coral del océano humano, si han de recibir nombre de isla y tomar un puesto en el mapa necesitan agruparse y formar masa. Por eso tienen razón Estados Unidos, Europa, todo el mundo civilizado, en juzgarlos como una sola entidad; tienen plena razón, y nos dan al hacerlo una merecida, severa y profunda lección de amor y de verdad.

Aprovechémosla de continuo, y aprendamos todos en Sud-América á sentir hondamente, como propios, los goces ó los dolores de los pueblos

que conviven con nosotros, con nosotros comparten este Continente descubierto y bautizado por España y Portugal. Suframos hoy con el Ecuador y procuremos ayudarlo á remediar su desgracia del modo que la Colombia de Bolívar sufrió con nuestros males y nos auxilió para su remedio en los gloriosos días de la Independencia. Cese ya la patriotería vocinglera que, plagiando y exajerando las exaltaciones de ancestrales sentimientos explicables en las naciones europeas, separadas por más de mil años de historia, por lengua, raza é instituciones, pretende anacrónicamente crear la grandeza de estas repúblicas sobre sus odios y rivalidades. Un siglo de experiencia, de fratricida lucha infecunda de estancamiento material y de retroceso moral, deben ya alumbrarnos la idea, depurarnos la voluntad. Paso al patriotismo noble y sincero, al patriotismo de verdad, que busca nuestra fuerza y nuestro progreso en nuestra solidaridad y en nuestra íntima unión!

Si esto es así, si las desgracias actuales del Ecuador afectan en algún modo á todo Sud-América. ¿Como puede Sud-América ver con indiferencia que se ciña la banda presidencial en Quito, que se siente en el sillón honrado otros tiempos por Roca y Rocafuerte, un hombre cuyos crímenes execra la opinión universal? Aceptarlo indolentemente, es igualarse, por cobardía moral, á los mismos pretorianos, dejar campo abierto al matonismo para constituirse en árbitro de las sociedades.

El mal ejemplo es siempre el más imitado; Plaza puede crear escuela, encuentra émulos fuera del Ecuador. Si no habla el altruismo en los corazones sud-americanos, hable el egoísmo. Hay que cortar el camino á cuantos quieran allí ó aquí imponerse y dominar por el puñal y la baja! ¿Que el desprecio de todo Sud-América los pulverice!

Pero nó. No llamamos á las puertas del egoísmo. Sólo queremos invocar á más de fraternidad, nobleza y orgullo.

Es la dignidad nuestro mejor aliado contra el ridiculo Nerón Ecuatoriano. . . .

Prevaricadores, mentirosos, perjuros, falsificadores del voto popular, defraudadores del tesoro público, se ve todavía gobernar ó legislar en Sud-América, asesinos ya nó.

Plaza, el degollador é incinerador de Montero, Plaza el apuñaleador y mutilador de los Alfaro, Plaza el matador de Serrano, Plaza el fusilador de Andrade, Plaza cuyos meses de retorno al Ecuador, desde que lo llamó Estrada se cuenta por doble número de víctimas, Plaza el verdugo, de presidente de una nación sud-americana! Plaza apareciendo ante Europa, que nos menosprecia ya demasiado, como el ungido de una de estas democracias! Plaza tratando de igual á igual á los jefes de naciones nobles y cultas! No puede ser. Los pueblos de este continente

que admitan tal cosa indiferentes se rebajaran al nivel del abominable condottieri.

¿No hay acaso pruebas bastantes de que Plaza hizo asesinar á Montero, de que mandó á la muerte á Alfaro, de que cargó el fusil que atravesó el corazón de Andrade? Las hemos presentado á cientos. Pero si todas ellas no valiesen nada, existe una acusación que basta solo para infamar al cruel y jesuítico dictador: el General Serrano no habia tomado la menor de las participaciones en el movimiento de Montero, se mantenía alejado por completo de la política. Plaza al ocupar perdidamente Guayaquil, lo hizo buscar y aprisionar; después con refinamiento de crueldad á lo Luis XI, ordenó lo llevasen á su presencia; allí le entregó un papel y una pluma. . . . y le exigió redactase su renuncia del generalato, declarando él mismo considerarse indigno de ese rango. Como Serrano se negase, Plaza lo amenazó con remitirlo á Quito, que era lo mismo que enviado al suplico y al sepulcro. Volvióse á negar Serrano, y Plaza mandó comparecer al hijo de su víctima, para escarnecar á ésta delante del ser amado. Pero Serrano prefirió todo á su deshonra, y Plaza lo remitió, en efecto, á Quito para la muerte, á él cuya inocencia le constaba, recomendando á su esbirro Sierra sufriese los mismos martirios que los Alfaro. Emplazamos á Plaza á que afirme y demuestre la falsedad de todo esto. Jamás lo hará.

¿La culpa de Serrano? ¡No haber sido placista! Ninguna otra. Hombre cargado, como Plaza, de tan horrendo crimen, puede ser Presidente de una república sud-americana?

¿Quién, por medio de su cuñado, hizo extraer de abordo de un buque neutral á Medardo Alfaro, violando capitulaciones y burlándose de la humanidad, para hacerlo después asesinar es posible gobierno á un pueblo?

Plaza para cohonestar sus iniquidades, no tiene sino una palabra en la boca: radicalismo. ¡Ah! ¡Los radicales sud-americanos! Bien los conocemos. Como Plaza, comulgan; como Plaza, se retratan al lado de Obispos; como Plaza, tienen capellanes; su liberalismo, su libre-pensamiento de oropel y cascabeles, consiste en hacer insultar á frailes y curas en hojas pasquinezcas, jamás de frente, y obran así no porque comprendan y conozcan el error y el mal de la religión, sino porque desean para sí mismos las riquezas de curas y frailes. El libre pensamiento es filosofía, es idea, es ciencia, es lucha de inteligencias, propaganda de cerebros, no monopolio, de insultadores analfabetas, de charlatanes ambiciosos ni de soldados de pronunciamiento. Se llama Bebeuf, no Chauvette ni Hebert. El radicalismo de Plaza no nos engaña á quienes reclamamos de un Vigil ó de un Bilbao—y yéndonos más allá—nuestra filiación libre pensadora: radicalismo de sacristía, para nosotros es igual

á la demagogía de sotana; ambos se dan la mano y se entienden contra el libre pensamiento filosófico y social. Por eso, Plaza defendió en Central América con su espada á los conservadores; por eso, jesuita con charreteras, imita á García Moreno. El ha hecho con el General Serrano lo que el otro con Maldonado, exigir la reuñencia desdórosa ó la cabeza. En vano su cómplice y confidente—acaso no muy tarde su enemigo y su ajusticiador—Navarro, que es á él lo que Marat á Robespierre, ha publicado un mentiroso manifiesto para justificar el cuartelazo del cinco de Marzo á nombre del credo liberal; Marat-Navarro sabe bien que no hay para Plaza otro liberalismo que la sucesión de Plaza. Leemos en sus conciencias; la sicología de la fiera es simple y clara.

Cuanto más se disculpen, cuanto más acusen los asesinos de la honra ecuatoriana, más se confunden y se pierden. Léanse sus afirmaciones sobre el golpe brutal del cinco, sobre la trágica muerte de Andrade.

Qué cúmulo de absurdos, qué edificio tan desequilibrado y confuso, de falsedad y audacia. Se defienden desde el otro día del crimen, sin que nadie los señale aún como sus autores. ¿Por qué? La verdad salta en sus propios groseros factums: por que se sienten perseguidos de sí mismos. Que el capitán tal, que el capitán cual, disparó la pistola que hirió mortalmente á Andrade, discusión hueca é inútil. El tal capitán no aparece ni aparecerá. Pero ¿quién fundió la bala? Navarro. ¿Quién cargó el cartucho? Plaza. La hipocresía de este—algo sin ejemplo en la historia—es una hipocresía suicida; hiere, hiriéndose.

El no destierra, no encierra en el Panóptico, no confina mata; una bala es más radical que una prisión ó una expulsión. Pero no comprende el monstruo que su secreto está descubierto, y que no es menos real su tiranía porque en lugar de poblar las cárceles puebla los cementerios. del mismo modo no se proclamó el seis de marzo dictador, pero puso de presidente á Andrade Marín á quien ató, con una cuerda al cinto de su sable; todo el mundo ve la cuerda.

Si no hay, pues, circunstancia atenuante para los horrores de Plaza y si éstos son hoy evidentes al mas preparado á dudar de ellos, ¿como es posible, repetimos, que en Sud-América se resigne á que este nuevo Juan Manuel Rosas—sin la pasión americanista del argentino—consolide, si quiera por meses más su sanguinaria dominación. De ningún modo lo comprendemos. No apelaremos, por cierto, ya contra Plaza á los gobiernos: los gobiernos están sordos y ciegos. Ya pasaron y aún no vuelven los Castilla que aplastaban á un Obando, recordándole que las manes tintas en la sangre de Sucre, no podían presentar á un Prsidente del Perú una credencial de Ministro Plenipotenciario. No, no apelaremos ya á los gobiernos. Lo haremos, sí á la opinión pública, sud-americana, á la prensa, á la intelectualidad de estos países. Que cuantos menejea

una pluma en Sud-América, que algunos de ellos no más en cada república, enderecen hacia el corazón de Plaza las puntas de esas plumas y veremos si el tirano no cae anonadado.

Claro es que, aunque hoy el Ecuador gime bajo duras cadenas, le pedimos la primacía en la batalla. ¿Los escritores no pueden dar á luz en el extranjero su pensamiento? Parte muy principal en esta campaña toca al señor Tobar, y al señor Freile Z., á todos los vencidos del seis de marzo cargándoles la responsabilidad de haber sido, por temor ó ciega confianza, inconscientes cómplices de Plaza en las matanzas de diciembre. Para justificarse son los más obligados á mostrar ante América y ante el mundo todo la perversidad del remedo de Robespierre, que aterroriza hoy a su patria.

Y así fuesen pocos quienes emprendiesen esta campaña: ella ha de triunfar. Su más potente adalid, ya lo dijimos, es el destino; la lógica fatal que preside á los actos humanos. Ese adalid se basta. Ha abatido tronos aniquilado ejércitos, deshecho imperios.

¿Qué son Plaza y Navarro, frente á él?

Una sombra de las sombras.

General Plaza, ceñíos, si podéis esa banda tricolor, que tanto os atrae, que os fascina más que los ojos de una serpiente. General Navarro, esperad la sucesión, ó arrancad si no os viene en gana, esa banda de muerte al pecho de vuestro cómplice y protegido! Nada habréis avanzado. La Justicia, la implacable, la invensible Justicia está ya en marcha: nada la detendrá.....

Arrojad sobre la tierra, para oponerle dique, montañas y montañas de mentiras y de calumnias. Derramad, para aherrojarla, torrentes y ríos de injurias y falsedades. No la mataréis.....El plomo de las balas y el hierro de los puñales con que hicistéis atravesar los cuerpos de Montero, Alfaro, Serrano y Andrade se están trasformando en otras montañas, más grandes y pesadas que los Andes, que os aplastarán. La sangre de vuestras víctimas se está convirtiendo en otros torrentes y ríos más caudalosos y potentes que el Amazonas, que os arrastrarán.... "Aunque vengan con el Sol en una mano y la Luna en la otra á exigirme cese en mi prédica, no retrocederé," dijo Mahoma....Por más que hagáis contra ella la Justicia que os persigue, tampoco retrocederá. Y el Sol y la Luna, el día y la noche, están con ella: despiertos la veis venir, dormidos la sentís cojerlos!

LUIS ULLOA.

EL THERMIDOR ECUATORIANO.

Era una tarde trágica en la Convención. El Sol de Julio, agostador y sádico, caldeaba la atmósfera saturada de acre hedor de sangre. Negras nubes agrupábanse en el Ocaso anunciando la tempestad. En la vasta sala otra tempestad fermentaba bajo cada pecho. Todos sentían que algo terrible flotaba sobre sus cabezas: la mar rugiente de toda la Revolución se concentraba, se condensaba en una ola única, formidable y muda, que no se sabía contra qué bancos iba á ir á estrellarse....

Saint-Just, el inflexible, Saint-Just, el puritano, sube á la tribuna para leer un discurso. El los lefa. En los pliegues del papel se ocultaba la suerte de otras cien cabezas cuya cosecha por la guillotina quería Robespierre. Este escuchaba pensativo... Ya van á sonar los nombres: ya el proveedor de la tumba á señalar las frentes de las nuevas víctimas....

¡Ah no! Tallien, el ex-cómico, Tallien, el de todas las cobardías, Tallien, el de todas las complacencias, se levanta y grita:—"la Asamblea oscila entre dos abismos dos degüellos la asechan si no sabe ser fuerte, perecerá." El miedo le da valor. Sacó un puñal y lo muestra á Robespierre, diciendo que lo hundirá en el pecho del nuevo Cronwell. La suerte está jugada. El cómico de profesión ha vencido al trágico del destino. Saint-Just baja de la tribuna; Robespierre quiere en vano llegar á ella.

Su cómplice de ayer, su juez de hoy, su verdugo de mañana, Collot d'Herbois, preside y no lo deja hablar. "¡Abajo el tirano!" grita Tallien.... "Presidente de asesinos"—exclama el tigre asediado—presidente de asesinos; "¿me concederás al fin la palabra?"—No tendrás la palabra sino á tu turno"—El turno sería el cadalso.

"La sangre de Danton te ahoga," brama Garnier. "¡Ah! ¿Es Danton á quien queréis vengar?" Y el tigre humillado dobla le cabeza. Ha visto la sombra enorme de Danton, apostrofándolo y emplazándolo, ha visto á Demoullins, ha visto á Clotz, todo el 11 Germinal.....

"¡La acusación!" "¡La acusación!"... Y la prisión, y la inútil resistencia, y la carreta fatal, y la cuchilla sangrienta, y la venganza del derecho, de la justicia y de la humanidad.... La historia escribió una fecha: El Thermidor.

El Sol de Julio bebió y secó la sangre al pie de la guillotina, y las brisas del olvido y de la piedad la crearon y borraron....

Entre los horrores de Quito y los terribles fastos de la Revolución Francesa hay el mismo abismo que entre las furias del Océano y las cóleras del turbión.... Pero el fondo humano es igual en todas partes y la lógica de la historia también.

Si á Napoleon lo llamó Madame Stael Robespierre á caballo, Plaza vendría á ser un Robespierre en cucullas. Es el chacal, si el otro fué el tigre. Pero también para el chacal habría su carreta.

Acusado por todos de ser el principal, el verdadero autor de las carnicerías del 26 y el 28 de Enero, Plaza, cuyas charreteras de general le fueron dadas por Eloy Alfaro, Plaza, especie de *condottieri* ingertado en un jesuita, Plaza, un García Moreno de cuartel y sin talento. Plaza quiso desde el primer día presentarse inocente y arrojar toda la culpa de los repugnantes crímenes sobre el gobierno de Quito y sobre los políticos capaces de disputarle á él la Presidencia. Algo peor. Como lo dijimos nosotros mismos aquí desde el 29 de Enero, como lo han demostrado el señor de la Guardia, Olmedo Alfaro, Carlos Puig y muchos otros, Plaza el mismo 23 de Enero, dirigiendo sus telegramas al Arzobispo de Quito, y al Presidente Freile, se lavó las manos como Pilatos. En su poder estuvo salvar á los prisioneros, á quienes debía generalato, figuración, nombre, honor, vida misma, todo. El chacal tenía sed de sangre; los envió á la muerte, gozándose en su traidora crueldad. Muertos le sirvieron para deshacerse de sus rivales.

Pero sus argucias nada le valieron. Sus dos voceros de ludibrio y de muerte: "El Grito del Pueblo" y "La Prensa" de Quito, vomitaban en vano disculpa sobre disculpa, calumnia sobre calumnia, mentira sobre mentira. Plaza sentía que la presidencia se le escapaba. Freile Zaldumbide, los gobernantes de Quito, fueron, sin duda, culpables, cuando menos culpables de condescendencia y servilismo para con ese mismo Plaza, pero éste era el responsable principal, el instigador, el azusador, el salvaje autor exclusivo de las matanzas. El pueblo lo sabía y un vago sentimiento de horror, de repugnancia y desprecio, formaba el vacío al rededor de él. Se le huía como á la lepra. Cuanto más él acusaba á Freile y á los conservadores, más se horrorizaba el Ecuador entero de la perversidad y del cinismo de este monstruo. ¿Freile? Fué un instrumento. ¿Los conservadores? Sus torpes é inconscientes cómplices. El, él, nadie más que él, el grande, el pavoroso asesino, él quien forjó, templó y afiló los puñales; él, sólo él.

Y convencido ya de que la presidencia no sería suya, de que el pueblo atemorizado y lleno de asco no le ceñiría la ansiada banda, convencido de que la obtendría Tobar, Andrade, cualquiera otro—culpable acaso también de timides y condescendencia, pero no como él de maldad sin fondo; Plaza ha dado su golpe, el de Robespierre contra Danton. Ha inventado él, el radical de sacristía y confesionario, la revolución conservadora, ha echado abajo á Freile, ha puesto un instrumento más sumiso en la presidencia provisoria y—horror de horrores—ha hecho matar á Julio Andrade, á quien le dió con su espada, las victorias sobre Montero y Alfaro—que él aprovecha y explota... Todo esto, en nombre

de la sanción.... Plaza el degollador de Alfaro pidiendo venganza contra el degüello!

No importa! La justicia tarda, pero llega. Plaza acaba de tener su 11 Germinal, pero su 9 Thermidor ya llegará.... Presidente de asesinatos, no te faltara tu Tallien.... La sangre de Montero y de los Alfaro ya te ahoga.

Más, Robespierre era una idea, tú eres el instinto. Un Tallien será para tí un honor: será un histrión el que te aplaste! Para el chascal el cinocéfabre.....

"Puesta la mano sobre mi conciencia—ha dicho Olmedo Alfaro—YO ACUSO DEL SALVAJE ASESINATO PERPETRADO EN LA PERSONA DE MI PADRE, EN PRIMERO LUGAR, AL GENERAL LEONIDAS PLAZA GUTIERREZ; en segundo lugar, al doctor Frelle Zaldumbide; y en tercer lugar, á los Ministros Octavio Díaz, Juan Francisco Navarro, Carlos R. Tobar y demás colegas."

"Si hay justicia en el Ecuador, los señalo ante ella, y si nó, la historia será la única que recogerá el fallo severo de la opinión."

Pobre joven, que vas de puerta en puerta, como Trasibundo, clamando justicia contra los opresores de tu patria. Si has tenido culpas, te serán perdonadas, porque has sufrido mucho, porque has conocido los dolores sin consuelo y sin refugio, las ansias sin esperanza, las humillaciones sin venganzas..... Todavía hay justicia en el Ecuador: hay la justicia imprescriptible del destino, la justicia fatal de la humana lógica. Plaza es hoy el instrumento de esa justicia; mañana será su rehén y su presa. No le escapará.

Y si no hubiese justicia en el Ecuador, la hay, tiene que haberla en Sud-América. Lo hemos dicho y lo repetimos cien veces: mejor que en la bahía de Río Janeiro, mejor que en la ría de Buenos Aires, mejor que en la rada de Valparaiso, mejor que en el puerto del Callao, se estarían los barcos de guerra de Brasil, la Argentina, Chile y el Perú pregonando, frente á las playas de Guayaquil, con la voz de sus cañones, que Sud-América ha despertado, se ha puesto de pie, hace triunfar la justicia y el derecho, hunde en el polvo á los tiranos y ahoga en sangre á los chacales!

¿No es para eso que nos dieron patria Sucre, Bolívar y San Martín?
¿Argentinos, bresileños y uruguayos juntos no lucharon contra la hiena Rosas, contra el tigre López?

De dentro ó de fuera, ha de haber un Thermidor ecuatoriano.

LUIS ULLOA.

PLAZA Y EL ECUADOR.

La nueva carta que me dirige el señor Zaldumbide y va al pie de estas líneas, no atenua en lo menor los formidables cargos formulados contra el General Leonidas Plaza. Yo no he transcrito ni intercalado documentos en mis escritos, pero he conocido, examinado y hasta citado inmensa cantidad de ellos, de los que forman muy pequeña parte los que, todos del propio acusado Plaza, aduce el señor Zaldumbide. Poseo el folleto que con el título "A la Nación" publicó el gobierno del señor Freije Z., donde están los que hoy me opone el señor Zaldumbide, y junto con ellos muchos otros de que éste prescinde. Poseo también todos los publicados por el General Plaza y por varios jefes militares y corifeos políticos en sus respectivos descargos. Y por que los poseo, conozco, he analizado y compulsado, es que acuso.

Este hecho basta: desde el 27 de enero al día siguiente del asesinato de Montero la hoja placista "El Grito del Pueblo" de Guayaquil comenzó—en el artículo que cité al contestar la primera carta del señor Zaldumbide—á insinuar acusaciones contra los conservadores, como á instigadores del asesinato, que atribuía á cientos de malvados y no al pueblo de Guayaquil. ¿Qué necesidad tenía la sanguinaria hoja, que dos días antes había pedido desaforadamente la cabeza de Montero, de acusar ya, cuando en el mundo aún nadie acusaba, á determinado partido con descargo del suyo? Aquí viene el sabio refrán: "satisfacción no pedida, acusación manifiesta." La de "El Grito del Pueblo," órgano del placismo se ha vuelto contra el placismo.

De que ha habido asesinato premeditado é instigado ya nadie duda en el mismo Ecuador. El antes nombrado folleto del gobierno lo proclama. Contiene él (pág. 47), una orden—antidatada, por cierto, la razón lo demuestra con fecha 28 de enero, en que el ministro del interior señor Octavio Díaz, se dirige al Intendente de Policía de Quito: "Ordene á usted que bajo su más estricta responsabilidad disponga la inmediata instrucción del sumario para descubrir y castigar á los autores y cómplices de los asesinatos perpetrados en las personas de los generales Eloy Alfaro, Flavio E. Alfaro, Medardo Alfaro, Ulpiano Páez, Manuel Serrano y Coronel Luciano Coral."—Luego, según el gobierno, hubo autores y cómplices responsables del asesinato, y esto—anteponiendo la fecha—conviene el gobierno haberlo reconocido desde el 28 de enero. Sin embargo, las informaciones de ese gobierno y todas las de los órganos placistas pretendieron hasta hace poco, al revés de lo que dijo sólo sobre Montero. "El Grito del Pueblo"—que el pueblo en masa enorme é irresistible, el pueblo anónimo é irresponsable, ciego y sin nombre, fué el asesino. Ya tenemos la confesión oficial de que hubo "autores" de crimen.

Algo más; el parte oficial conjunto del jefe de la Zona Militar y del Sub-secretario de Guerra, que lleva en ese folleto fecha 1.º de febrero (pág. 43) al describir el ataque al panóptico (pág. 46) dice que el pueblo era INSTIGADO POR PERSONAS BIEN CONOCIDAS. Sorprende ¿no es cierto?—que siendo bien conocidas de dichas autoridades esas personas y habiendo orden de buscarlas y castigarlas hasta ahora no se les haya cogido y encarcelado. Luego, ha habido manifiesta impunidad; poderosas han tenido que ser tales personas para que no se haya osado tocarlas. Los diarios placistas reconociendo, cuando para sus fines políticos les ha convenido, que ha habido crimen, atribuyen este, con los mismos fines políticos, á sólo los conservadores. Pero los conservadores son un partido, á quien el placismo tenía interés en extirpar, y ha aplastado, en efecto, con el golpe de cuartel del 4 del presente. ¿Es posible admitir que sean los conservadores los “autores” de que hablan los documentos oficiales? Habían entre ellos conservadores—á quienes hemos llamado cómplices torpes é inconscientes—pero es á todas luces evidente que los principales autores, para quedar impunes han debido ser de los poderosos del día, esto es, de los placistas.

Otra cosa. El telegrama fecha 29 de enero (pág. 50 de folleto) con que el arzobispo contesta al de Plaza dice que los atacantes del Panóptico fueron “cuando menos cinco mil.” Por consiguiente, cuando más fueron seis mil. De cinco ó seis mil á los quince ó veinte mil de que al principio hablaron la prensa placista y el gobierno media un abismo. Como se dice en España: “Ya viene el tío Paco con la rebaja”—Acabará por confesar no fueron 1.000. Y preguntamos: ¿á 5,000 personas—mujeres en gran parte, según los diarios placistas—no se les pudo contener con dos ó tres mil soldados? Terrible acusación!

Pero los partes oficiales publicados por el gobierno de Quito—; como un descargo;—á cada paso hablan de que tal ó cual batallón no quería marchar ó quedarse ó retroceder; ó de que á causa de la actitud de las tropas se temía por los prisioneros. En el parte de las dos autoridades ya citadas dicen ellas (pág. 44) que pensaron al llegar á Quito con los prisioneros, hacer retroceder el tren con las fuerzas que lo custodiaban, para que la población no supiera el momento preciso del arribo; pero que la actitud de la tropa lo impidió. La tropa, pues, hacía y deshacía. No podía tampoco ser de otro modo, porque la tal tropa era una tropa colectiva, improvisada con los peores elementos de Quito, con todos los fanáticos enemigos de Alfaro. Luego, la tropa con “sus actitudes” (?) fué cómplice oficialmente acusado, de los “autores é instigadores” de los horribles crímenes. Y fué otro crimen enviar á Quito, á custodia de semejante tropa, á hombres indefensos condenados ya á muerte en el mismo Quito.

Por que esto tampoco debe olvidarse: que los diarios placistas de Quito, desde antes de la muerte de Montero, en editoriales que cité en mis otros artículos, habían pedido la muerte de los Alfaro é instigado al pueblo á que los linchase como á los Gutiérrez.

De manera que tenemos perfectamente adquiridos estos hechos: 1.º que hubo "autores é instigadores" del crimen, hecho confesado oficialmente; 2.º que esos autores son bastante poderosos para—á pesar de ser conocidos de las autoridades—gozan de impunidad; 3.º que la multitud no fué incontenibles, pues, no llegó á 6,000 almas, incluso mujeres y niños, lo que declara el señor Arzobispo; 4.º que la tropa con sus "actitudes" hizo lo posible para dejar matar á los presos, esto es, fué cómplice por lo menos sino, como se desprende de los partes oficiales de sus jefes; y 6.º que los periódicos placistas de Guayaquil y Quito pidieron á gritos antes del asesinato de Montero la muerte de éste y los Alfaro. El público que lo desee puede ver esos periódicos, los que tengo en mi poder.

Establecido todo esto, en forma oficial, abrumadora é inapelable, examinemos brevemente la conducta del principal acusado, del general Plaza.

El 20 de enero—hay que fijarse en las fechas, con las cuales, siempre juegan los culpables—el 20 de enero, Plaza comunicó á su gobierno que había recibido una comisión de Montero—comisión en que había cónsules extranjeros—y que iba á negociar con ella una capitulación para la entrega de Guayaquil. El 21 de enero el gobierno le contestó que no negociase ni concediese capitulación ni garantías á Montero y los suyos, agregando los monstruosos conceptos de que esa "garantías serian una vergüenza." ¡Como si ese mismo gobierno no hubiese nacido de una revuelta militar! No obstante esta prohibición terminante del gobierno, Plaza trató y firmó el 22 de enero la capitulación con Montero, desobedeciendo las órdenes de su gobierno. ¿Y qué razón dió para ello? El mismo la ha hecho pública en un telegrama al Presidente Freile, fecha siempre 22 de enero: "estamos convencidos de que no será posible capturar ó los traidores por que tienen el vapor "Chile" y los buques nacionales "Bolivar" y "Cotopaxi" listos para escaparse." Después habla en ese telegrama de que está "enfermo su espíritu" al ver la sangre derramada. ¡Y preparaba más derramamientos!... También Robespierre se cubría los ojos con un pañuelo al ver pasar una carreta para la guillotina. Plaza, pues, firmó la capitulación, sólo con el fin de dar confianza á los capitulados, que debieron quedarse en Guayaquil á entregarle la plaza. Entro tanto, sus agentes en ese mismo Guayaquil incitaban al pueblo y las tropas á la rebelión contra Montero para violar la capitulación. Y así sucedió. Caído Montero, por obra de la fuerza, Plaza violó y anuló la capitulación, de hecho, por obedecer

las órdenes del gobierno, órdenes que había desobedecido para firmarla. ¿Cabe mayor contradicción y jesuitismo?

Si cabe! El 23 de enero, dueño ya de Guayaquil y presionado por los cónsules á cumplir lo pactado, Plaza—inventando siempre descargos para lavarse las manos más tarde—vuelve á telegrafiar al gobierno fingiendo querer que se cumpla la capitulación. El gobierno siempre se niega, y Plaza, el que desobedeció para firmarla, insiste en violarla por obedecer. Y esto es lo atroz: mientras así telegrafía al gobierno, el mismo día dirige este telegrama á su amigo y confidente Gonzalo Córdoba, por lo visto su agente cerca de los conservadores, encargado de hacer de estos sus “torpes é inconscientes cómplices”.—“Los conservadores díque están explotando la capitulación de Guayaquil uara llevar agua á su molino. No los dejen en esa labor jesuítica. Hágales saber que los prisioneros á quienes ellos tanto temieron están bien seguros, QUE IRAN A QUITO TAL COMO LO HA ORDENADO EL GOBIERNO LA JUSTICIA CUMPLIRA CON SU DEBER.—L. PLAZA.”

Todos estos telegramas hna sido publicados por el mismo gobierno, ó por Plaza y Córdoba, para su defensa, cuando aún nadie los acusaba, cuando eran ellos quienes acusaban á los conservadores. ¡Ciegos! Se han muerto con sus propias armas, al querer deshacerse de sus cómplices: el delito oscurece la razón, embriaga de confusión al espíritu y le arranca mortales confesiones. Esto ha pasado con Plaza.

He tenido, pues, plena razón de afirmar—y aún poseo para ello otras pruebas—que la capitulación de Guayaquil fué un estratagemá de Plaza, destinado á impedir se escapasen Montero y los Alfaros, y que una vez que los hizo coger presos por las turbas armadas de Guayaquil—no el pueblo—la violó fingiendo obedecer al mismo Gobierno á quien para pactarla fingió desobedecer.

Y con igual razón he afirmado que Plaza se lavó las manos como Pilatos, aparentando querer salvar la vida de los presos cuando los enviaba al matadero. Se ha visto ya el acusador é irrefutable telegrama á Córdoba. El es suficiente. Pero hay más. Todavía el 23 de Enero varios amigos de Plaza telegraron á este desde Quito, pidiéndole no que mandase á los presos á la capital, sino que no les diese libertad y que no escapasen al enjuiciamiento y la sentencia. Plaza el 23 de Enero contestó:

“No comprendo la indignación de los ciudadanos de esa capital, por el hecho de haber expresado honradamente mi opinión respecto al cumplimiento de una capitulación que se imponía entonces para terminar esta guerra rápidamente, evitando así que nuestro bravo ejército, fuese diezmado por la fiebre amarilla que grasa en estas comarcas. Como no nací para verdugo, mañana mismo declinaré el mando del ejército,

para que venga á reemplazarme quien se atreva á llevar á estos desgraciados generales á esa capital con el propósito de que corran la misma suerte del infortunado Quiroia. Llevando á los prisioneros á Quito, se va á infringir la Constitución que ordena no distraer á los delinquentes de sus jueces naturales.—Soy de ustedes, respetuoso compatriota.—
La Plaza G.

Este telegrama lo publicó el órgano placista de Quito, y lo reprodujo el de Guayaquil, con el epígrafe: "Ejemplo de moderación." Pues bien, si Plaza no había nacido para verdugo, ¿por qué no renunció como lo anunciaba? ¿Por qué entregó los presos y se fué á Manabí á batir á ciento cincuenta monteneros—cosa ridícula—en tanto los infortunados marchaban al degüello? ¿Por qué? Allí debió mostrarse fuerte y altivo, renunciando. ¿No es evidente que todo era un comedia para prepararse disculpas de su delito? Lo peor para él, es haber dicho que llevar los presos á Quito era infringir la Constitución. ¿Este Tártufo, que ha traído abajo el Gobierno de Freile Z., porque infringía la Constitución no haciéndole elegir á él Presidente, no supo hacer valer su influencia y su poder de general en jefe del ejército, vencedor la víspera, para impedir se infringiese la Constitución, llevando á Quito á los presos! Plaza desobedecía al gobierno cuando le convenía desobedecer, para tender una celada á Montero y Alfaro y para hacerlos coger á traición en Guayaquil; y le obedecía cuando le convenía obedecerle, para mandar los presos á que se les degollase en Quito. Plaza no se subleva para defender la Constitución cuando se pisoteaba ésta, según él mismo, con el objeto de llevar los presos á morir en manos de las turbas quiteñas; pero Plaza sí se subleva para impedir se viole la Constitución no haciendo se le nombre á él Presidente de la República! ¿Quién creará que á Plaza, todo poderoso en el ejército, si realmente hubiera amenazado renunciar ó imponerse, se le hubiera negado el que guardase los presos en Guayaquil ó á bordo? El golpe que acaba de dar en Quito prueba si Plaza sabe imponerse al gobierno cuando le conviene! Pero, sobre todo, ¿por qué no cumplió su promesa de renunciar? ¿Por qué se fué á Manabí á luchar contra ridícula montonera? No renunció; luego, conforme á sus mismas palabras, "fué verdugo."

Respecto á que Navarro dictó la orden y no él, nada significa, pues Navarro en sus partes dice, que por orden de Plaza, se formó el Consejo de Guerra. ¿Y por qué no renunció ó desobedeció á Navarro, su cómplice? El le entregó á Navarro los presos; él Plaza.

No sé dónde ha leído el señor Zaldumbide las numerosas contradicciones que me achaca, dónde ha visto que un día acuse á uno del gran crimen, otro á otro; dónde que únicamente me apoye en "El Grito del Pueblo," y dónde las demás análogas gratuitas aseveraciones. Felizmente, el público, que hay leído mis artículos, sabe como no hay nada

de esas contradicciones. "El Grito del Pueblo" he dicho que no me merece fé, por ser órgano placista, salvo cuando, á pesar suyo, deja escapar confesiones dañosas para Plaza; todo juez escudriña así los testimonios. Yo me he apoyado más que nada, en innumerables documentos oficiales, no redenciéndome los que cita el señor Zaldumbide, porque favorecen á Plaza, sino á estos mismos y á otros.

¿Contradicciones? El 29 de Enero, cuando no había detalles en Lima de los horrores de Quito, dije que nadie aceptaría que en manos de Plaza no estuvo librar de la muerte á los presos, y lo acusé ya de venganzas personales. El 7 de Febrero, en "La Ilustración Peruana" volví á acusar á Plaza, y lo señalé como el principal culpable. ¿Cuándo he culpado yo al Ecuador? ¡Jamás! Yo lo desligo de los criminales. Es Plaza quien quiere escudarse tras del Ecuador. Acusa á su patria para él salvarse. El 29 de Enero, como el 7 de Febrero, como el 27 de Febrero, como el 29 de Febrero, como el 7 de Marzo, como hoy, yo he acusado y acuso; á Plaza, de ser el autor primero, el instigador en jefe de las matanzas, á los consevadores, de ser sus "inconscientes y torpes cómplices", y al gobierno caído hace días de complacencias, timidez ó miedo á Plaza. No se puede ser más lógico ni menos contradictorio. Desde el primer día, la misma tenaz acusación.

Cuanto á la muerte de Andrade, no son las tendenciosas informaciones telegráficas enviadas á Lima, las que variarían mi convicción al contrario. Es sensible decirlo, pero ciertos corresponsales no cumplen con su deber, de sólo transmitir noticias, sino que se consagran en especial á servir intereses políticos. Notorio es que el que manda á Lima aquellas informaciones, tiene el cargo de director del órgano placista de Guayaquil, es decir, viene á ser un instrumento y un vocero de Plaza. ¿Qué valen, pues, tales informaciones? Lo que debemos es lamentar que la prensa extranjera no tenga corresponsales imparciales y verídicos, en vez de defensores de la política placista. Pero esas mismas afirmaciones, bien analizadas ¿qué dicen? Cien absurdos irrisorios. Que el Gobierno iba á revolucionarse en favor de sí mismo; que Andrade fué á sublevar la policía—300 hombres—para batir al ejército—2,000 hombres! Aquello de que Plaza no quiso aceptar la Dictadura pero sí quiso cambiar un Vice-presidente con otro más á su gusto y su servicio, da muestras de la hipocresía con que ese hombre procede, y nada más. En cambio, el solo telegrama imparcial, que, emanado de una agencia, ha venido á Lima, dice que Andrade fué asesinado por un grupo de soldados placistas. Ya hablará Freile y veremos.

Para el señor Zaldumbide no merecen fe Olmedo Alfaro, el señor de la Guardia y el señor Puig; son interesados por que son vencidos y víctimas. Menos justo es merezcan fe los telegramas de Plaza, confeccionados ad hoc por este mismo. Antes hay que escuchar á la víctima que al victimario. Y

sin embargo, es con las propias palabras de Plaza, con esos mismos telegramas, pero completos y confrontados entre sí con los que yo refuto y pruebo hasta la saciedad la culpa del que he llamado y dije, muy poco "un monstruo". No he citado periódicos; he citado documentos oficiales, casi todos del mismo acusado Plaza.

El señor Zaldumbide no ha hecho sino reproducir las publicaciones de aquél, acomodadas naturalmente á su defensa; yo he hecho uso de todos los documentos oficiales. Pero, digo ahora, si nadie antes que yo ha acusado á Plaza, ¿cómo es que éste habíase publicado tantos documentos para su disculpa? Es que su conciencia lo acusaba y que él creyó útil á sus fines adelantarse al veredicto del mundo! Sus cálculos han fallado.

Voy á terminar. La prensa en el Ecuador está amordazada ó aterrorizada: sólo los órganos del pavoroso tirano hablan. "El Grito del Pueblo" especie de "Amigo del Pueblo" de los nuevos Marat, acusó á Freile Zaldumbide y sus ministros de autores de las matanzas; "La Constitución" (número del 15 de Febrero que pongo á disposición del señor Zaldumbide), "La Constitución", digo, órgano del Gobierno, acudió á defensa de éste contra "El Grito del Pueblo". Hoy Plaza ha derrocado á ese Gobierno, para que sólo su prensa de ludibrio y muerte desfigure la verdad y calumníe á los caídos. No habiendo quien pueda hablar esa verdad en el Ecuador, justo es la digamos en el extranjero. El Ecuador nos agradecerá algún día, cuando se liberte de la espantosa tiranía que lo oprime, á todos los que espontáneamente hemos tomado la pluma en defensa de sus derechos y su honor.

El Ecuador no es el señor Plaza—que fue general centro-americano— así como los Gutiérrez no fueron el Perú. El Ecuador es el pueblo muy oprimido y devastado por un caudillaje pretoriano. La popularidad del señor Plaza existe sólo entre cierta turba de Quito no entre sus clases tranquilas y trabajadoras; en el resto del país todos los odian.

Yo no creo que el sombrío tirano llegue á la Presidencia. El señor Zaldumbide me atribuye la intención de seguir atacando á Plaza en caso de que llegue. Por cierto. Pero no seré yo, será el Ecuador mismo— aún antes que lo intente Sud América— quien cortará el camino de esa Presidencia al hombre que desde su cuartel hasta el Palacio, honrado un día por Rocafuerte, se ha tendido una alfombra de cadáveres.

"Cronwuell— escribió Pascal— iba á devastar toda la cristiandad; Roma misma estaba perdida; la potencia real deshecha; la suya, por siempre elevada. Pero un granito de arena se desliza á su vejiga, y héclo allí muerto, á Roma salvada, al Poder real restaurado, y al suyo por siempre hundido"....; Oh, maestro de maestros, á quien debo el saber pensar, y el saber no pensar como tú! Dijiste mal; debiste pensar lo contrario. Cronwuell no devastó, por desgracia, la humanidad; por desdicha, no aplastó al Papado, no aniquiló al poder monárquico, no afirmó el suyo, que era el de la liber-

tad. Y por eso, ahora, en este rincón del mundo, en esta pobre Sud América, tan joven y ya tan vieja, hay quien es, no siendo Cronwell, quiere dominar más que Cronwell, quieren devastar la justicia, quieren abatir la razón.

El telegrama á Salvador Córdoba ha sido el grano de arena deslizado, no en las vísceras, pero sí en la conciencia de Plaza. Y allí ese leve granito hélo muerto moralmente al tirano, hé á la justicia triunfante, hé á la razón vindicada, hé al Ecuador vivo y salvo.

No doy un año de plazo para que, caído y castigado el sanguinario tirano, se reconozca he cumplido mi deber de americano para con el Ecuador Entre el 11 Germinal y el 9 Thermidor no mediaron sino dos meses.

Tallien debe estar ya agitándose en la sombra!

Luis Ulloa.

POR LA HONRA DEL ECUADOR Y SUD-AMERICA.

(De "La Ilustración Peruana.")

Gobierno y prensa del Ecuador—es decir, la única prensa que, á servicio del gobierno, puede hoy existir en ese desdichado país—se esfuerzan á porfía por tergiversar los hechos de que el mundo entero ha tenido plena noticia horrorizado, y pretenden explicar y hasta justificar las atrocidades de Guayaquil y Quito, apelando para ello á la envejecida doctrina de la "razón de estado" y al mentiroso pretexto de la "soberana justicia popular."

Inútil empeño! No es el denunciador balbuceo de los delinquentes, no es alvaz temblorosa de los culpables la que dominará y ahogará el pujante grito de protesta y anatema lanzado por todo un continente. Sería necesario oarrancar dle suelo de América la porción que se llama Ecuador, para que el instinto de solidaridad en el honor y la justicia desapareciese del corazón de todos los sudamericanos y cesase de impulsarlos á pedir y exigir responsabilidad contra quienes, haciendo gala de refinada y cobarde crueldad, han arrojado sobre la blanca vestidura de "La Virgen del mundo" el más deshonoroso y espeso manchón de sangre.

Desengañense los políticos de oprobio, fautores ó encubridores de aquellas ignominias, paar devolver á su patria el prestigio que ellos la han arrebatado, no les queda otro camino que el "mea culpa", el ostracismo espontáneo y voluntario. Vayan á ocultar la frente lejos de América, en las tinieblas de la soledad y del olvido! Pretender, como lo hacen, en cararse, ciegos de ira, al veredicto de la opinión universal, sólo es atraer

sobre sus cabezas una condenación aún más severa. y persistir en apartar á su patria de la comunidad de las naciones cultas.

Salámosle, por eso, al encuentro.

“No se han hecho estudios previos sobre los sucesos reprobados, se nos juzga sin conocimiento de causa”; así exclaman los turiferarios del caudillaje hoy desbordado sobre la infeliz tierra de Olmedo. Muy en particular, según el cable lo anuncia, se dirigen esas palabras al autor de estas líneas. Preo cuando hace seis meses escribíamos en “La Prensa” sobre la “Situación política del Ecuador” y condenábamos la actitud de Alfaro respecto á Estrada, haciendo votos por la victoria de éste, nuestro artículo tuvo la suerte de dar triunfalmente la vuelta á todos los entonces diarios de oposición ecuatorianos y ahora diarios gubernistas. En esa ocasión, los mismos que hoy nos declaran ignorantes de sus asuntos, nos encontraron perfectamente informados. Fue la prensa alfarista la que nos tachó más que de poco documentados, le apasionados y parciales. Nuestro artículo valió al señor Estrada ser denominado por “El Tiempo” de Guayaquil, el “candidato del Perú”. Era que los que al presente están arriba y en aquel momento abajo, hallaron que los conceptos por nosotros emitidos favorecían sus planes. Como lo que hoy decimos los daña, no lo aceptan.

Poco nos importa. Defendemos la verdad y la justicia, nada más, y la defendemos no en beneficio de tal ó cual partido ecuatoriano, sino en pro de los intereses solidarios y comunes de Sud América.

Apelan también los políticos y los escritores de Guayaquil y Quito á las circunstancias atenuantes, aducen la indignación popular. Nosotros les preguntamos: ¿Ese general Plaza que al mando de 5.000 soldados acababa de entrar á Guayaquil no pudo y debió acompañar hasta Quito á los presos? ¿Para qué se dirigió á Esmeraldas? ¿Para batir la ridícula resistencia de 150 guerrilleros? El general Plaza, como Pilatos, se lavó las manos; sabía que Alfaro y sus Generales iban á la muerte; él les volteó las espaldas y los envió al matadero.

Publica ahora Plaza para su descargo, sin cuidarse de que al hacerlo abruma á los hombres públicos y gobernantes de Quito, telegramas y oficios cambiados entre éstos y él á raíz de la muerte de Montero, con ciencia cabal de que en Quito esperaba á los prisioneros el deguello.

“Yo no soy verdugo, dice en uno de esos telegramas; mañana renunciaré el de los cuales se desprende que él tenía mando del ejército y que venga otro á cargar con la responsabilidad. A los presos les espera en Quito la suerte de Quirola” (el asesinato). No renunció, sin embargo; se ausentó no más, cuando debiera haber muerto cubriendo con su cuerpo á los vencidos. Y las terribles palabras de su telegrama quedan allí, impresas en todos los diarios ecuatorianos, como sentencia en letras de fuego proclamando su responsabilidad y la de sus poderdantes.

El Grito del Pueblo Ecuatoriano, que a veces más bien parece el eco del furor pretoriano, sostiene en una de sus columnas que el dilema era terrible: ó la carnicería del pueblo de Quito, ó dejar á este saciar sus iras ¿Quién responderá á este dilema? pregunta. Nosotros contestamos sin vacilar: la carnicería era preferible. Contra la fiera desmandada, el hierro. Y en otra columna el mismo diario reconoce que eran fieras los asesinos.

Pero semejante dilema, felizmente para el Ecuador, no es cierto. Para que lo fuese sería necesario demostrar que realmente han sido las totalidades, siquiera las mayorías de los pueblos de Guayaquil y Quito los autores de los llamados linchamientos. Por honor del Ecuador nosotros no aceptamos tal cosa. El general Plaza y el gobierno de su devoción lo dirán así, la conciencia universal replicará nó... ¿El pueblo? Acostumbrados estamos á que los acaparadores momentáneos del poder público disfracen con el dictado de "pueblo" á las legiones de sus agentes á sueldo, á la turba mercenaria de sus esbirros. Para el tirano Rosas de la Argentina el pueblo lo formaban sus mazorqueros: cuando quería deshacerse de sus enemigos echaba sobre ellos le "justicia popular"... Cien mil veces nó! lo que el nuevo pretorianismo ecuatoriano llama pueblo no ha podido ser, no ha sido sino turbulento conjunto de algunos cientos de malvados prontos siempre á todo. No es de abajo sino de arriba de donde tiene que haber partido la iniciativa de la villana matanza, seguros de encontrar connivencias y facilidades en los propios custodios de los desventurados prisioneros.

Hay un hecho que comprueba lo que decimos. A las 12 de la mañana entraron al Panóptico de la capital ecuatoriana, Alfaro y sus compañeros: á las 12 y tres cuartos eran victimados. Y bien, si había ese gentío inmenso si todo Quito se daba cuenta de lo que iba á pasar ¿no hubo medio de que interviniesen las legaciones extranjeras? nó lo hubo ciertamente, porque se trataba de un plan combinado y sorpresivo que se desarrolló en tres cuartos de hora. La vertiginosa rapidez de la escena demuestra que sus altos directores la ocultaban á la gran masa á fin de que la ignorasen los ministros extranjeros. Porque estamos seguros de que, al saber éstos lo que se pretendía, se hubiesen interpuesto; y si las tropas del gobierno quiteño se declararon impotentes, nó lo habría sido la palabra y la amenaza de los representantes de los Estados Unidos, Brasil y Chile. Estos últimos se habían hecho escuchar ya en otras ocasiones semejantes del populacho de Quito: esta vez lo habrían obligado á escucharlos.

Bien ven, los periódicos del caudillaje placista que sus argumentos son contraproducentes. Cuanto á la invocación de los antecedentes de Alfaro ¿quiénes menos que sus vencedores pueden tomarlos por defensa? Que Alfaro incurrió en tristes errores, que Alfaro cometió feos delitos, que Alfaro explotó y arruinó al Ecuador; ya lo sabemos. Pero los hombres políticos que cantan victoria sobre las cenizas del "viejo luchador" ¿no fueron tenientes y servidores de Alfaro? Cuando las charreteras de general que se

llevan, como las de Plaza, se deben á don Eloy Alfaro, es preciso tener el pudor de no olvidarlo.

No terminarán, por desgracia, con la hecatombe de Quito, las llamadas "revoluciones" del Ecuador. Al contrario. El 11 de Agosto el gobierno constituido era el de Alfaro. Si ese día éste vence podía haber hecho asesinar á sus enemigos y declarar que la "justicia popular" los había aniquilado en su ansia de concluir con los revolucionarios. Estos son el poder constituido de hoy pero no tienen más derecho para hablar como hablan, que el que hubiese entonces tenido Alfaro. Para que las "revoluciones" ecuatorianas terminasen, habría sido necesario matar al caudillaje pretoriano. Error grande del señor Estrada fue darle nueva vida, apelando, después del 11 de Agosto, al concurso de Plaza, enemigo, pero hechura de Alfaro y adiestrado, como éste, en las luchas de las banderías centroamericanas. Cuando murió Estrada, Plaza que le había arrojado ruidosamente á la cara la Cartera Ministerial, como que ese malogrado Presidente lo favoreció, se preparaba ya á forjarle la "revolución" en Sud-América. La victoria de Plaza es la de un caudillaje sobre otro: mañana veremos levantarse un tercero.

Para nosotros, en nuestro carácter de sud-americanos, existe todavía un interés superior al de la paz y el orden internos del Ecuador: el del honor y progreso de Sud-América. Paz como la de Turquía bajo Abdul-Hazzis, orden como el de éste en Armenia son una afrenta continental. Es por eso que consideramos indispensable un asunción sud-americana á los sangrientos crímenes de Quito. Pensamos, como lo ha dicho valientemente "El Diario" de La Paz que para bien de todos estos países, no deben quedar impunes tales crímenes no debe reducirse la acción de América en el asunto á simples palabras de protestas sino insistir tenazmente en procurar el castigo. Con tal fin, todo el periodismo de Sud-América está obligado á hacer causa común y á ello lo invitamos desde la columna en que "Ilustración Peruana" nos brinda hospitalidad. Quedan como únicos aliados del sanguinario pretorianismo de Quito, junto con las hojas que éste subvenciona, los cada día más raros órganos del clericalismo en este continente, únicos que, con "La Unión de Valparaíso á la cabeza, han tenido la audacia de aprobar los innobles asesinatos. . . . Patética y reveladora confraternidad del oscurantismo de sotana y el del puñal;

¿Y cuál debe ser aquella sanción? Lo dijimos desde el primer día: el boicoteo moral y diplomático del Gobierno de Quito, aplicar á éste el método aplicado en Europa contra el de Servia. Pero en Sud-América debemos hacer algo más todavía, como cumple á democracias ávidas de justicia y honor. El castigo tiene que ser ejemplarizador, único, como único ha sido, sin precedente, el bochornoso crimen. Que haya orden y paz en el Ecuador, pero que los Generales gobiernistas, espectadores indiferentes, cuando menos de las personas matanzas que los políticos que las han aconsejado ó consentido, no recojan el fruto de su delito. Ni Plaza, ni Andrade, ni ninguno de los

miembros del actual Gobierno ni las autoridades de Quito y Guayaquil, pueden ocupar nunca más un puesto oficial en el Ecuador. ¿Presidente alguno de ellos? ¡Jamás! El propio honor ecuatoriano lo exige antes que nada.

¿Cuándo despertará Sud-América? repetimos... Hace sesenta años se presentó en Lima con el carácter de Ministro de Nueva Granada un hombre de la sangre del vencedor de Ayacucho ese hombre era el General José María Obando. El Presidente del Perú mariscal Castilla el mismo que más tarde libró al Ecuador de la "polonización" propuesta por Mosquera—se negó obstinadamente á reconocer como representante de una nación culta al acusado de un crimen horrendo. Obando hubo de regresar humillado y cabizbaje á Bogotá.

No queremos comparar Alfaro á Sucre pero el crimen del 28 de Enero es acaso más horrible por sus móviles que el de Berruecos. Si imitando á nuestro viejo mariscal cada Presidente sud-americano se negase ahora á reconocer como Presidente del Ecuador á cualquiera de los moralmente responsables de los asesinatos del mes pasado el honor de Sud-América quedaría á salvo.

Luis Ulloa.

LA REVOLUCION EN EL ECUADOR. NUEVOS DETALLES DE LOS SUCESOS.

La gran farsa.

(“La Prensa” de Lima.)

Antier publicamos varios detalles sobre el golpe de cuartel dado en Quito el 5 de los corrientes. Ellos pertenecían al diario placista “El Guante” interesado en desfigurar la verdad. Hoy podemos dar dos nuevas versiones más fidedignas, especialmente la primera, que tomamos de una carta particular dirigida por un caballero de Guayaquil á otro de esta ciudad. La segunda versión de la que sólo extractamos los principales párrafos, la trae “El Ecuatoriano”, diario conservador de Guayaquil. Aunque amordazado como está hoy la prensa en el Ecuador ese periódico procuró relatar los hechos disimuladamente y moderar el tono de sus reproches para no herir la susceptibilidad del placismo con la jesuítica hipocresía que caracteriza á su jefe y su partido, pretende que “El Ecuatoriano” ha cerrado por voluntad de sus redactores. Cerrado “El Ecuatoriano” no queda ya en la vecina del Norte ni un solo diario que no dependa del gobierno puesto en Quito por el General Plaza, para que lo haga elegir á éste Presidente.

He aquí los párrafos de la carta:

“Después del sometimiento de Guayaquil, Plaza se creyó dueño de este infortunado país, desde que hizo sacrificar á los prohombres del partido radical, del modo más inhumano con los terribles asesinatos de Guayaquil y Quito en los días 25 y 28 de enero pasado. Plaza creyó que saliendo de esa manera violenta de los Alfáros y sus tenientes, ya nada tendría que temer, sino que dispondría á su antojo de los destinos de esta república.

Fuése, pues, á Manabí en donde pasó cinco ó seis días y cuando volvió á esta ciudad encontró con la nueva de que el gobierno un tanto disgustado porque lo había comprometido enviándole á Quito inopinadamente á los generales prisioneros para que fueran sacrificados impunemente, por una parte y por otra en la confianza de sus protestas diarias de que respetaría la constitución y que él, primero se dejaría sacrificar antes que consentir en que se haga ninguna revolución á su favor pensó el gobierno hacer obra meritoria apoyando la candidatura civil del eminente hombre público y diplomático esclarecido, liberal incorruptible y honradísimo patriota, señor doctor don Carlos R. Tobar, que la habían exhibido algunos de sus amigos y partidarios.

Plaza siguió inmediatamente á Quito, después de lanzar aquí un manifiesto político en el que estaba desarrollado su programa de gobierno, y en que aparecía como que estuviera ya electo presidente de la república.

Dirigió también sendos telegramas á sus amigos de algunas provincias en què decía que se estaba traicionando á la república, por haber exhibido otro candidato, como si él se llamara la república: y por fin llegó á Quito en donde quiso imponer á Tobar y al gobierno con amenazas y por fin con ruegos y bajezas indignas, pero tanto uno como otro no le hicieron caso.

Después, fué exhibida también la candidatura á la presidencia de la república, del general Jullo Andrade, liberal insospechable, un gran talento, militar de escuela, caballero sin tacha, diplomático modelo, en fin, una de las pocas eminencias de esta tierra.

Como yo eran tres los candidatos y todos los liberales para evitar la escisión entre los adeptos de un mismo credo político, un grupo de liberales de la capital, reunido, acordó dirigirse á los tres candidatos para que designaran cierto número de representantes y estos discutieran y resolvieran quién de los tres debía ser el único candidato por el que debía trabajar el partido liberal. Los candidatos Tobar y Andrade aceptaron la proposición, más Plaza la rechazó indignado. Así terminó esa tentativa de avenimiento.

De allí en adelante Plaza y sus parciales tomaron una actitud agresiva contra sus contrarios y comenzaron á sobornar los cuarteles.

El ministro de guerra y marina general Juan Francisco Navarro estaba en un todo de acuerdo con Plaza, ya que los dos están ligados por los crímenes comunes á ambos de los asesinatos de los generales liberales Alfaro y sus compañeros.

También el ministro de hacienda José Federico Intriago simpatizó con Plaza y entró en la conspiración y soborno de los soldados.

Por su parte, el gobierno sabiendo poco más ó menos lo que ocurría buscó apoyo en un militar de prestigio para sostenerse y apeló al general Julio Andrade informado de lo que ocurría y consecuente con su modo de ser y sus actos anteriores, aceptó la cartera con el fin de seguir sosteniendo al gobierno que había salvado con su espada de la dictadura de Montero.

La primera diligencia, naturalmente, del general Andrade, fué la de separar á los jefes de cuerpo que eran infieles al gobierno y apenas había prestado la promesa constitucional para entrar al desempeño de la cartera, cuando el 5 en la tarde, comenzó á hacer las primeras diligencias para efectuar el cambio de jefes de cuerpo pero Plaza, que todos los movimientos del gobierno los conocía porque en éste encontrábanse aún Navarro y el Ministro Intriago, resolvió hacer la revolución esa misma noche á las doce.

La razón para que nos detuviéramos á explicar á usted estos acontecimientos, es la de que los diarios de este país, en general son placistas y hoy

todos ellos publican con un cinismo sin igual, que el movimiento ó revolución estallado en Quito ha sido obra de los conservadores: esto es un absurdo inconcebible, que indica una perversidad increíble.

Plaza dueño de la situación y de todos los elementos en este país ha prohibido el uso del telégrafo y del teléfono entre Guayaquil y Quito y sólo él y los suyos hacen aquí lo que Plaza dispone que se nos comunique; guárdanse las noticias que les puede causar daño ó desprestigio. Por esa causa la verdad de lo acontecido en Quito se ha sabido solamente ayer en esta ciudad porque el gobierno ha tratado de inculpar de la revolución y del asesinato de Andrade á los conservadores.

Igual cosa ha ocurrido con el servicio del cable: existe censor que impide transmitir toda noticia de los acontecimientos políticos escandalosos que han ocurrido aquí; de la revolución efectuada por él y del asesinato que ha perpetrado en la persona del señor general Andrade y ha puesto á uno de sus áulicos, destinado con el exclusivo fin de que trasmita las noticias al mundo entero, gratuitamente, á su acomodo, á fin de engañar á todos los países de América y Europa.

LOS ULTIMOS SUCESOS DE QUITO.

EL ASESINATO DEL GENERAL ANDRADE.

(De "El Ecuatoriano".)

Alarma en la ciudad.

Desde el medio día de antier se notaba en la población mucha alarma, el comercio empezó á cerrar las tiendas y se presentaban todos los síntomas de una nueva revolución, de un nuevo cuartelazo con que amenazaba el placismo, según se susurraba por todas partes.

La causa se decía que era el cambio de varios jefes de los cuerpos que hacen la guarnición en esta plaza.

En el gabinete.

A las dos y media p. m. se reunieron en el gabinete, el señor encargado del poder ejecutivo, el doctor Díaz, el doctor Tovar, el general Navarro, el

General Plaza, el Intendente señor Narváez y trataron de asuntos de gran trascendencia para la patria.

El señor encargado del poder ejecutivo manifestó que era necesario cambiar á los jefes de los dos regimientos de artillería de esta plaza, porque se decía y constaba que sacaban cañones y ametralladoras de los respectivos parques. El señor ministro de guerra se negó á esto. Entonces el doctor Freile con la energía del caso, le replicó: ó destituye á los dos jefes ó renuncia la cartera.

El general Andrade reconviene al general Plaza.

Tomó la palabra el general Andrade, y con toda la energía y caballerosidad de su alma patriótica, se dirigió al general Plaza y le dijo: "¿No está ya satisfecho con tanta sangre derramada en las últimas batallas y con la pérdida de tantos ecuatorianos patriotas? ¿Quiere más sangre? Aquí está a nuestra.

Usted, general, quiere iniciar una nueva era de caudillaje; usted quiere dañar más aún el ejército? Esto no es posible, nó.

Actitud del general Plaza.

Sin tener qué contestar á los cargos que le hacía el general Andrade, Plaza palideció, tartamudeó y no respondió una sola palabra.

El general Plaza llamó aparte al general Navarro y conferenció con él un momento en otra habitación. luego el General Navarro volvió á entrar al gabinete.

Ministro de Instrucción Pública.

El gabinete ofreció la cartera de instrucción pública al general Andrade, quien con frases honrosísimas, manifestó que no podía aceptarla, pero como todos insistiesen en esto, tuvo que ceder y hacerse cargo de ella.

Bando.

A las 4 y media p. m. se publicó el bando, nombrando ministro de instrucción pública al señor general Andrade.

Gritería y algazara.

Entre las 5 y media de la tarde se reunió un grupo de placistas en las esquinas de García Moreno y Chile, y allí fué de oírse y verse escenas cómico-dramáticas: todos gritaban viva Plaza, abajo los frailes, abajo los arrastradores y mil sandeces por el estilo, haciendo uso del vocabulario conocido por esas personas.

Habla el general Plaza.

Luego reunidos en masa se dirigieron á la residencia del general Plaza, en donde redoblaron los gritos y arrojaron los abajos y los mueras. Al oír este ruido salió el general Plaza, luego hubo un orador improvisado, y por fin habló el tan vivado general y dijo: "mientras yo viva conservaré el estandarte radical en el Palacio de Gobierno, tened confianza en mí, porque en caso necesario, me opondré á la cabeza de vosotros como lo estuve en Yaguachi".

En la policía.

A las 10 de la noche, más ó menos, el señor encargado del Poder, acompañado del señor doctor Tobar, el doctor Díaz, general Andrade, el señor intendente y varios jóvenes se dirigieron á la policía, con el objeto de sostener al gobierno constitucional, amenazado.

Las comisiones recorrían las calles de la capital, que se hallaba en completo silencio: el pueblo estaba recogido y todos los pobladores de Quito se encontraban gozando del reposo de la noche: pues era imposible transitar por ninguna de las calles por cuanto estas se encontraban en todas las esquinas con fuertes escoltas de policía que impedían el libre tránsito.

Tanto en el corredor de la policía como en los salones de la intendencia, paseaban poquísimos jóvenes mezclados con los soldados de la guardia y uno que otro oficial de los demás cuerpos. Las horas iban transcurriendo en medio de la agitación y de la duda que asaltaba á todos los corazones. todos hablaban del fatal momento, todos se preparaban á hacer la resistencia en caso de ataque, contando con el apoyo de los soldados de policía. . . . Cerca de las doce de la noche el señor intendente, obsequió á los concurrentes una copa de cognac, pues la noche era fría y la hora bastante avanzada.

La revolución.

Eran las 11 y tres cuartos de la noche cuando sonó en el interior de la policía la primera descarga de los policiales revoltosos: descarga que fué dirigida á la pieza en donde se encontraban los señores encargados del Poder Ejecutivo y sus ministros. Tobar, Díaz y Andrade, cayendo este último víctima de una bala certera. . . . y bien dirigida.

Fácil es presumir el desconcierto que reinaría entre todas las personas que ocupaban los salones de la intendencia al verse agredidas por una bandada de los mismos guardianes, fusil en mano, contra personas indefensas y desarmadas.

El cadáver del malogrado general Andrade para quien la patria tendrá siempre lágrimas de gratitud y la historia una página limpia é ilumi-

nada por los rayos de la gloria yacía delante de un armario que servía de mampara al cuarto contiguo en el cual se refugiaron todos los que debían ser victimados y esperaban la muerte de un momento á otro, lo que se habría efectuado sin la eficaz y oportuna porteción del capitán Vaquero, secundado luego por el señor sub-intendente de policía y comandante Armijos.

El general Plaza.

A la una y tres cuartos de la mañana, llegó el general Plaza á la policía, después de tener en su poder y á su orden toda la fuerza que hasta esa noche sostenía la constitución.

Al entrevistarse con el señor doctor Carlos Freile Zaldumbide le dijo: "Usted me ha estado traicionando con el cambio de jefes" A lo que replicó el doctor Tobar: "En nuestra situación no puede usted hablar de traiciones, porque éstas no caben". Comprendió el general Plaza que no debía seguir tratando de este asunto y dijo: "Tienen garantías todos, soy caballero." Tomóle del brazo al señor doctor Carlos Freile Zaldumbide, á los demás los tomaron del brazo otras personas: al doctor Tobar fué á dejarle á su casa el señor ministro de guerra. Algunos fueron destinados á la artillería y el encargado del poder ejecutivo y el señor Pedro R. Salvador alojados en la casa del señor general Plaza.

La dimisión.

Una comisión del nuevo gobierno que surgía, se presentó entonces al señor doctor Freile Zaldumbide á pedir que dimita el mando. El doctor Freile accedió á lo pedido, dirigiendo en seguida una esquila al doctor Francisco Andrade Marín, indicándole que se haga cargo del poder, pues se iba á ausentar del país.

(“La Irensa” de Lima.)

LA PRENSA DE CHILE

"En Chile como en las demás naciones civilizadas, la noticia de los asesinatos cometidos por las turbas de Guayaquil y Quito ha causado profunda sensación de horror."

Esto dijo el Ministro del Ecuador en Santiago mientras con su protesta abandonaba de hecho su cargo de representante de ese gobierno.

Sin embargo, los periódicos que con sus artículos sediciosos habían preparado esos excesos de las turbas, se creyeron que la prensa de Chile, aceptaría el crimen sin la debida protesta y al verse sancionados por los diarios de aquella nación que enérgicamente condenaban el crimen y pedían justicia para los criminales, sabiamente se escudaron tras el nombre del pueblo ecuatoriano y tocaron la nota patriótica para defender á sus Jefes ó caudillos á quienes la opinión pública sindica como únicos responsables.

Habla "El Guante", periódico placista:

LA GRAN FARSA DE UN CARINO.

La Injuria Chilena Sobre El Ecuador.

¡Cómo hubiéramos querido no escribir jamás estas líneas ni manchar las páginas de "El Guante" con la reproducción de la atroz injuria que las motiva!

Pero honradamente, sin pensar en otra cosa que en esta patria por la cual aún se tiene la debilidad del cariño; sin tener otras ideas que las de librar al pueblo de un espantajo de amor en cuyo fondo solamente hay desprecio y hasta odio; sin aspirar á otra cosa que á una soledad digna antes que la unión depresiva para el país, porque el país representa la debilidad; así, honrada y patrióticamente, nos hemos decidido por la publicidad de la ofensa, para que el pueblo ecuatoriano sepa y comprenda que al gritar ¡Viva Chile!, en medio de los fáciles arrebatos de la patriotía, no hace otra cosa que ponerse en ridículo y reclamar á quien en el diccionario halla las peores injurias y en la paleta los colores más chilones, para juzgar á los mismos que lo aclaman con una adorable irresponsabilidad.

Todos los países. Los enemigos extremaron la nota y aprovecharon la oportunidad para saciar á medias sus rencores. Y cuando los ecuatorianos esperaban de los llamados amigos, no una voz de justificación para las tragedias, pues los crímenes jamás tienen justificación racional, sino siquiera un silencio compasivo ó una aclaración generosa, y leal, de ellos brotó la frase más acre, la calumnia más grotesca, el insulto más duro, la ofensa más inmisericorde.

Colombia y Chile, Chile y Colombia se han distinguido en esa labor de moralismo estemporáneo. Y han quedado en evidencia.

Quiso este diario un día catalogar las injurias, reunir las en uno como recuento de las infamias atribuída á la pobre Patria: pero era tarea demasiado grande, demasiado superior á las pequeñas fuerzas del periódico. Y entonces, así como de Colombia tomó lo más saliente, ha querido tomar de Chile la nota más alta y más dolorosa, que es la que reproduce fiel y exactamente en esta misma edición.

Se trata de una caricatura publicada como portada de la revista "Sucesos," de Santiago de Chile, con aquella admirable tonalidad de colores que pueden ver los ecuatorianos en esta misma página, en esa obra de arte chileno á la cual no se le podría pedir una nota mejor ni más alta en materia de ofensas.

¿Y bien?

No os queremos recordar, ¡oh, ecuatorianos!, aquella famosa sesión secreta del congreso nacional, cuando estaba á punto de producirse la guerra con el Perú, y en la cual fué leído un cablegrama del gobierno de Chile en el que se expresaba el agrado con que hubiera visto esa nación la aceptación por parte del Ecuador del laudo arbitral del rey de España, que le cercenaba la mitad de su territorio; no os queremos recordar aquel pretexto de la cesión de armamentos que ha hecho del Ecuador una especie de desván con respecto á Chile, un desván internacional al cual van á parar los desechos de su fuerza,—buques, cañones, rifles, cartuchos,—pagados á buen precio en dinero y á mejor valor en moneda de gratitud; no os queremos recordar cómo los representantes oficiales de esa nación han levantando bandera de extraterritorialidad en tierras ecuatorianas inmiscuyéndose así en la política nacional y haciendo lo mismo que los Estados Unidos hacen en las repúblicas negras del mar Caribe; no os queremos recordar el gran desprecio con que los ecuatorianos son recibidos en Chile, lo mismos los altos enviados como el fallecido doctor Luis Cordero, que fué objeto y sujeto de burlas populares; que los simples viajeros á quienes se trata con la conmiseración de huéspedes penosos ó de intrusos juglarescos; ni siquiera os queremos recordar que ese pueblo traficó con la bandera ecuatoriana, hace algunos lustros, para realizar el negociado que despues repitió Italia. No, de

nada de eso queremos hacer memoria, porque falta espacio en la medida común del editorial de un diario chico como este.

Y por si aquello fuera poco, allí está el inacabable rosario de injurias vertidas contra el Ecuador, en todos los diarios y publicaciones chilenas, con motivo de unos sucesos que, si bien bárbaros y dignos de censura, no tienen el carácter de nacionales que se les quiere atribuir. Y todo esto, ¿por qué? Sin duda por aquello de dime con quién andas y te diré quien eres. Y Chile no ha querido marchar junto á su viejo amigo, el Ecuador, para no ser tan bárbaro con el amigo, probando su alejamiento con el turbión de denuestos y de infamias á que nos venimos refiriendo.

¿A qué autoengañarse? Sabiéndonos solos, aislados, despreciados, sabremos sacar energías de la propia flaqueza para hacernos fuertes y respetables por nosotros mismos. Y esto vale más que el eufemismo sofocante de esta tierra, donde se quiere tapar hasta las injurias con formulismos y, desgraciadamente, de una manera especial, en el gobierno.

El Ecuador está sólo muy sólo, completamente sólo. ¿Ya lo sabeis, ecuatorianos? Pues ahora á ser fuertes con la propia capacidad ó á parecer aislados pero dignos y sin buscar arrimos que, en el mejor de los casos, dan ocasión para verguenzas como la presente, que no se pueden sufrir en paz, por más que haya que inclinarse ante las conveniencias.

¿Habrá ecuatoriano que despues de estos acontecimientos, siga todavía pensando en cariños imposibles y exteriorizando su pensamiento con sarcásticas manifestaciones populares ó personales, por las glorias ó alegrías del pueblo que así nos ha insultado? Y por si lo hubiera, declaramos enfáticamente que esos ecuatorianos serían traidores al sentimiento nacional y, por consiguiente, á la patria.

CASCABELES.

(Revista "Monos Y Monadas," (Chile), No. 92.)

A nuestro colega "Sucesos" le han arrojado el guante por una caricatura publicada con motivo de los bochornosos y sangrientos sucesos que se desarrollaron en el Ecuador durante el último motín militar.

"El Guante Rojo," seguramente teñido en sangre fratricida, ha publicado un violento artículo en contra de Chile, afirmandose que esa carica-

tura viene á demostrar palpablemente que la entente chileno-ecuatoriana es una farsa.

¡He aquí un verdadero triunfo de la caricatura moderna! ¿Quién no se ha indignado con el salveje asesinato de generales en Quito? ¿Quién no ha sentido vergüenza de que un país hermano, que creímos civilizado, se portara á la altura de cualquier colonia del Africa Central? ¿Quién no ha sentido indignación al imponerse de la complicidad manifiesta demostrada por el Gobierno ecuatoriano en estos desgraciados sucesos que enlutan las páginas de la historia americana?

Justa ó injusta, la caricatura de "Sucesos" reflejaba el ánimo del momento. No queremos entrar en detalle de los móviles que originaron esa protesta honrada. La voz de la humanidad se alzó en grito de protesta de uno á otro extremo del orbe.

¿Acaso él, como muchos ecuatorianos, no encontró en nuestra patria una hospitalidad franca y generosa? Preguntadle á los ecuatorianos residentes en Chile, si se encuentran descontentos de nosotros.

Sería curioso que por no disgustar á los señores periodistas del Guayas antes de publicar un artículo ó una caricatura, tuviésemos que pedirles su visto bueno. Cuando deja roncha una picada, hay sangre mala.....

Y tómese en cuenta al mismo tiempo que no solamente los chilenos han censurado enérgicamente estos asesinatos, sino los mismos ecuatorianos en documentos que son conocidos del público. "El Guante Rojo" ha tirado el guante sin que nadie, que yo sepa, lo haya recogido.

CONSUL III.

"QUE CADA UNO TOME SU PARTIDERO."

(De "El Republicano," Colombia.)

Un colega de Guayaquil se queja de que en ciertos órganos de la prensa colombiana se advierte un malhumor contra el Ecuador.

Mientras el canibalismo no se había demostrado tan ferozmente en ese país que tan bien comprendió el gran General Mosquera, nuestras simpatías se reflejaban espontanea y sinceramente, con la frecuencia de los acontecimientos que así lo requerían.

Nunca creímos que en ese país que tuvo un gesto de indignación por el atropello de que fuimos víctimas cuando el Coronel Roosevelt, tuvie-

ran lugar sucesos que los mismos negros del Congo no aciertan á verificar; y era que olvidábamos que entonces un destello de civilización dirigía á sus gobernantes, en tanto que ahora... es doloroso decirlo, ignoramos á qué clase de la humanidad pertenecerán los reaccionarios.

Con el pesar de una desilusión pero con la indignación de civilizados, no podemos menos de protestar de la alianza con ese desgraciado país, y como lo insinúa el colega ecuatoriano, es nuestro concepto que cada uno tome su partidero.

No hemos pretendido la parte del león, á cuenta de aliados, no: que la cobardía no aguzó las zarpas de los leones. Los que obraron en la tragedia de los Alfaro, podrán ser ecuatorianos, pero están excluidos de la humanidad. Es sensible confesarlo, más las confesiones traen sinceridad, un bienestar amigable, tristemente, consolablemente.

LA PROTESTA DEL MINISTRO DEL ECUADOR EN CHILE.

Oportunamente nos comunicó el cable la noticia de la renuncia de su puesto del Ministro del Ecuador en Santiago. Publicamos el texto de ese documento, que honra al doctor Elizalde:

"Santiago, 2 de Febrero de 1912.

Señor Ministro:

Profunda sensación de horror ha causado en Chile, como en todo el mundo civilizado, la noticia de los asesinatos cometidos por las turbas de Guayaquil y Quito en las personas de los Generales Eloy Alfaro, ex-Presidente de la República; Flavio E. Alfaro, M. Medardo Alfaro, Pedro J. Montero, Ulpiano Páez, Manuel Serrano y Coronel Luciano Coral.

Condené como patriota y hombre de honor y de orden la revolución del 28 de Diciembre último, y lamentando los sangrientos sacrificios que costó debelarla, aplaudí el triunfo de la Constitución. Pero hoy es el Gobierno quien ha violado, á su vez, la Carta Fundamental de la República en su título VI, que trata de "Las garantías individuales y políticas," por no haber impedido la ejecución de esos crímenes, que el Ecuador no puede aceptar.

Esta consideración me impide esperar por más tiempo al funcionario nombrado para reemplazarme, y me señala como única norma honorable

de procedimiento, el separarme de hecho de las funciones de Plenipotenciario en Chile, que hasta hoy he venido desempeñando.

En tal virtud, me he despedido hoy del Gobierno de Chile y he dirigido á usted el cablegrama siguiente:

‘Opinion universal condena asesinatos perpetrados y espera cordura ecuatorianos restablecerá honor nacional. Como mi unica posible protesta, pongo fin hoy funciones oficiales.’

Soy de usted atento servidor,

R. H. ELIZALDE.

Al señor doctor don Carlos R. Tobar, Ministro de Relaciones Exteriores—Quito.”

“El Times” de Londres.

Ayer tarde, dice nuestro corresponsal en Valparaíso, nos dimos el agrado de pasar á saludar en su alojamiento del Hotel Bunout, al señor Charles Evers, distinguido periodista que viaja por Sud-América, en comisión especial del “The Times,” de Londres.

—¿Usted viene ahora directamente de Colombia?

—No. Siguiendo el itinerario de viaje que me había trazado, de aquel país pasé al Ecuador, donde he permanecido algún tiempo:

De mi estadia allí no puedo menos de traer dolorosos recuerdos como que me tocó presenciar, verdaderamente horrorizado, las salvajes escenas desarrolladas en Quito el 28 de Enero, escenas tan horrorosas que parece inconcebible que hayan podido ocurrir en estos tiempos y en el seno de una sociedad civilizada y culta.

Si no asistí á lo que se llama el asalto del Panóptico, pude sí presenciar cuando las turbas, ebrias de sangre, en medio de salvaje gritería, arrastraban por las calles los cadáveres mutilados de las infortunadas víctimas.

Sea cual fuere lo que hubieren hecho Alfaro y sus compañeros mientras dirigieron la administración pública del Ecuador; sea cual fuere la actuación de ellos durante el movimiento revolucionario, tales crímenes no tienen justificación posible.

Acaso en cierto modo podría explicarse el furor de las turbas, compuestas en mucha parte por mujeres que en la lucha fratricida habían perdido á sus hijos, á sus esposos, que, con razón ó sin ella, culpaban de tales desgracias á los prisioneros; pero lo que resulta injustificable, es la actitud de

los que en esas circunstancias se hallaban en el poder, y tenían la obligación sagrada de resguardar la vida de los prisioneros, adoptando todas las medidas que la más elemental prudencia aconsejaba.

Por lo contrario, no parece sino que entre los elementos triunfantes hubo el propósito bien deliberado de entregar las víctimas al furor inconsciente del populacho, como el medio más rápido y más irresponsable de terminar con los adversarios.

.....
("El Mercurio," Santiago de Chile.)